

LILY FRANCO

los cirqueros



colección el mirador/editorial guadalupe

colección
EL MIRADOR

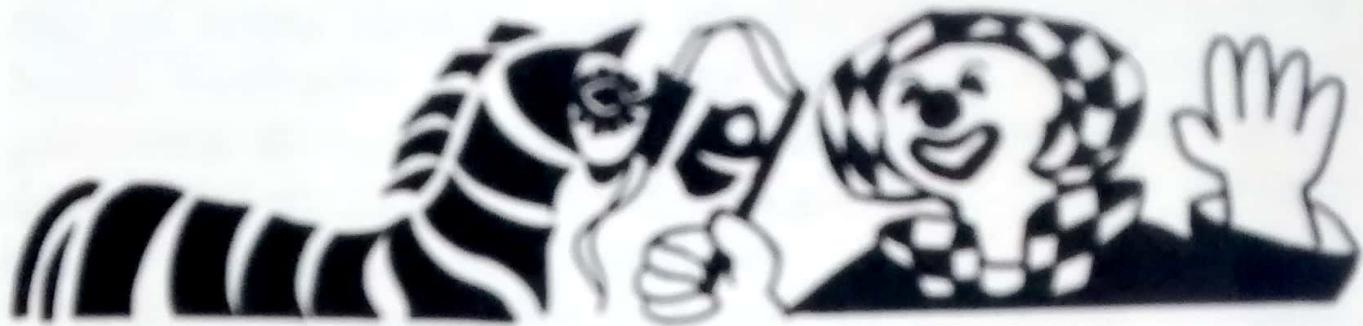
directora
DORA PASTORIZA
DE ETCHEBARNE

1. Beatrix Gallardo de Ordóñez, *Criollo*.
2. Beatrix Gallardo de Ordóñez, *Indiana*.
3. Horacio L. Mainar, *El Capitán Vermejo*.
4. Joaquín Gutiérrez, *Cocori*.
5. José Murillo, *Mi amigo el Pespír*.
6. José Murillo, *Cinco Patas*.
7. José Murillo, *El tigre de Santa Bárbara*.
8. Martha A. Salotti, *Quaquimina - Crónica de una aventura temeraria*.
9. Marisa V. de Gerulewicz, *Castillos de Arena*.
10. Beatrix Gallardo de Ordóñez, *Margarita*.
11. Luis Eduardo Pastoriza, *Vibora Verde*.
12. Godofredo Daireaux, *Las veladas del tropero*.
13. Luis E. Pastoriza, *Urunday*.
14. Eros Nicola Siri, *El poeta de la aventura: Emilio Salgari*.
15. Susana Martín, *Mi amigo Cochico*.
16. M. Concepción M. de Grassi E., *Este perro que soy...*
17. Elías Cárpene, *El potrillo Corinto y otros cuentos*.
18. Amalia Grande, *Joaquín*.
19. Lily Franco, *Los cirqueros*.
20. Luis E. Pastoriza, *La selva dormida*.
21. María Luisa de Luján Campos, *El pecoso*.
22. José Murillo, *Rubio como la miel*.
23. Josefina Marazzi de Rouillon, *Confín de viento y sal*.
24. Roberto Bertolino, *Ramón*.
25. Madsen-Bertomeu, *Cazando pumas en la Patagonia*.
26. Ada María Elflein, *Leyendas argentinas*.
27. Pablo A. Calcedo, *Los patios del cielo*.
28. Eleonora Pacheco, *Un sentimiento nuevo*.
29. María Luisa de Luján Campos, *Milagro del adiós*.
30. Elvira R. de Raffo, *Episodios que no nos contaron*.
31. José Murillo, *El último hornero de Cabra Corral*.
32. José Murillo, *Silvestre y el hurón*.
33. José Murillo, *Brunita*.
34. José Murillo, *El niño que soñaba el mar*.
35. José Murillo / Ana María Ramb, *Renancó y los últimos huemules*.
36. Marisa V. de Gerulewicz, *El retorno de los pájaros*.
37. Olga Monkman, *El regalo del abuelo*.

LILY FRANCO



los cirqueros



EDITORIAL GUADALUPE
Julián Alvarez 2215 - 1425 Buenos Aires

SEGUNDA EDICION

ISBN 950 500 202 1

Tapa: Kitty Loréficc de Passalia
Hecho el depósito que previene la Ley 11723.
Todos los derechos reservados. Impreso en la Argentina.
© by Editorial Guadalupe, Julián Alvarez 2215.
1425 Buenos Aires, 1988.

Un sol demorado en el horizonte cae sobre la antigua estación ferroviaria. Se cuela en tibios haces de luz y se instala cómodamente sobre mis hombros inquietos. En los andenes un trajinar ansioso precede la inmediata salida. Esa conmovida vibración vital sacude mi indiferencia, un tanto fingida, para impresionar a la chica de la boina. Colmados de gente, los coches de segunda clase prometen un largo viaje hacia el sur. En casa se ha hablado mucho de él, más que de ningún otro. Como si fuera una ilusión más verde y asequible.

Se eleva un murmullo de recomendaciones afectuosas. Contemplándome absorta, la chica hinca el diente a la sonrisa de una medialuna. Busco en un quiosco, aquellas revistas de historietas que pueden hacer más grato el viaje, mientras mis padres y mis tres hermanos hallan ubicación entre un pasaje numeroso y casi siempre conocido, entre los que se cuentan una mujer de fieltro horroso, llevando una canasta por la que escapan indiscretos ladridos; un hombre con la misión de hacer reír, que tiene duro el gesto y amarga la palabra... y todos, con nosotros, rumbo a la misma meta esperanzada.

—¿Me prestás una? —Señalando las revistas, la chica pesa mi respuesta.

—...bueno —acepto de mala gana— ¿cuál querés?

—¡Esa! —indica rápida la de más vivos y brillantes colores. Penetrante el silbato del guardatren epilogó la despedida.

Cuando dejan de agitarse los pañuelos, apoyo la cabeza en el respaldo del asiento y concedo: —¿Cómo te llamas?

—Ada. —Observo su cara enfrascada en la lectura. Es redonda y morena.



Ya setiembre. La primavera se demora en un vientecito helado. La medianoche entra por las hendiduras del desvencijado vagón. Por momentos mi cabeza cae pesadamente hacia atrás, con un sacudón ridículo, pero no quiero dormir. Los ojos se redondean con expresión vacía y recorren con desagrado esa casi intimidad hogareña.

Moviéndose como una vieja bailarina, la lámparilla eléctrica hace gruiños por debajo de una capelina de vidrio sucio. Persigo el desvelo para gustar el encanto de un viaje tan largo. Mi madre cubre con una manta a mis hermanos, dormidos sobre los duros bancos. Resulta increíble la placidez con que, en esas condiciones, descansan Berto, Silvia y Eduardito. Habitán aún la provincia del encanto. Pero a mí los huesos me duelen endiabladamente. Y me molesta el gesto estúpido de ese señor gordo cuando duerme. Un bandoneón alarga su compás al cabeceo de quien lo ejecuta. —(¡Si se durmiera!) mi pensamiento es casi ruego. Las revistas alfombran el piso con un ajado colorido. Una cabeza cae pesadamente sobre mis hombros. Es una cabeza morena y redonda.



Nos sacude la voz del guardatren. —¡Próxima parada y trasbordo, Bahía Blanca! —Más adelante esa voz nos dice: —¡Stroeder!

Despiertan los chicos con sobresalto, guardamos cosas precipitadamente. Ada se cala nuevamente la boina y la madre le alisa el flequillo oscuro.

Un pueblo con ese nombre me augura el hallazgo del pájaro dorado. Por eso hay desconsuelo en mis palabras. —¡Pero esto es el campo!

Echamos a andar. Casi treinta personas cargadas con valijas, mantas... el perro del canasto me taladra los oídos. Vamos en lenta caravana. Un espectáculo inusitado para el pueblo que asoma a vernos en la media mañana.

—¡Mamá! —grita una muchacha a nuestro paso—. ¡Vení a ver a los del circo!

Una mano cordial se nos tiende en un gesto simple y acogedor:

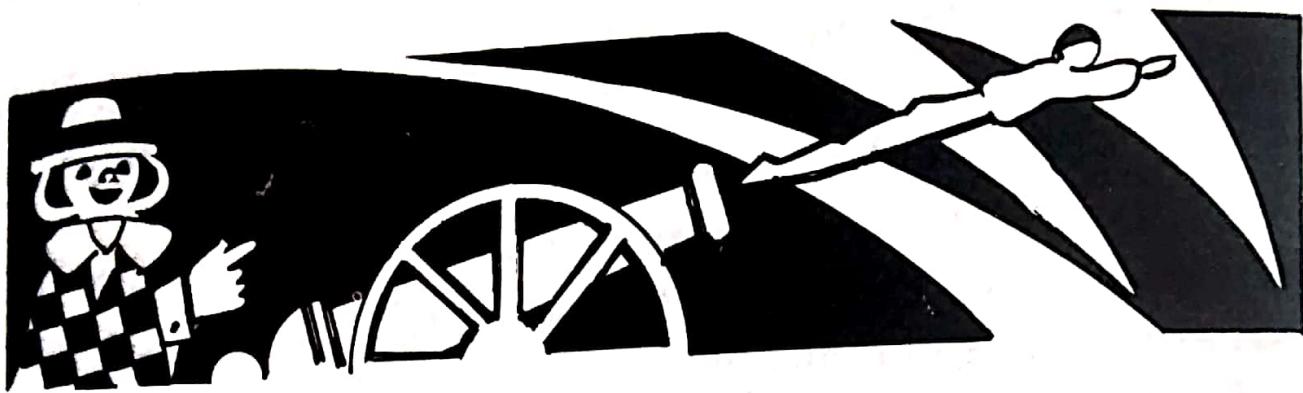
—Para ustedes encontré dos piezas y cocina, a menos de ocho cuadras de aquí, cortando campo —dice el empresario. Allí sale a recibirmos un moreno receloso, con motas opacas y gruesas.

—Mamá, el hombre éva a trabajar con nosotros en “La Cabaña del Tío Tom”? —La pregunta inocente le vale a Berto un discreto pellizco. Y seguimos al personaje hasta dos cuartos grandes, de barro blanqueado. Se tiende una manta para acostar a Eduardito, vencido por

el sueño y nosotros nos quejamos de hambre. Mi padre va en procura de alimentos, escasos y costosos.

—¿Y la luz? —pregunta mamá al moreno, que contesta:

—¿Luz? —no sabemos si es un eco, una pregunta o una burla—. No hay luz aquí. —Y aún saborea la respuesta—. Ni luz ni agua. Se compra. Barata. —Y se encoge de hombros.



Papá regresa con una lámpara a querosén y un tubo tosco y panzón. Correteamos después frente a la casa, admirándonos una y otra vez de “tamaña soledad”, al decir de Berto. Con fatigoso resoplido llega el camión que distribuye los equipajes y como en una suerte de prodigo salen de los envoltorios de lona rayada, los catres desarmables y los colchones que traen en su interior, colchas y frazadas. Un viejo baúl ropero, otro con herrajes de bronce, cargados de ropas inverosímiles, sillas plegadizas, una larga madera que se clava a la pared y disimula su desnudez con una cretona, como si fuera guarda-ropas, es todo cuanto forma, sin alegría, nuestro cuarto de niños. Por la entreabierta ventana con rejas, un tibio haz de luz, como ayer, se posa ahora sobre mi pelo.

Silvia se duerme estrechando entre sus brazos una muñeca rubia. Oigo a mi madre abrir baúles, sacar cacharros de cocina, preparar comida, todo infatigablemente, como si para ella nada fuera imposible.



El circo levanta su carpa en la calle más importante del pueblo. Cuando pregunté dónde tenía una calle importante, la inexplicable mirada de mamá me hizo callar. Don Antonio, el empresario, es optimista. Como la mayoría de los dueños de circo criollo, es un hombre de recursos modestos. La lona y los palos del suyo, son todo su patrimonio. Me gusta contemplarlo, por sus ojos claros y tristes y sus manos alargadas.

Es el día del “debut” y salimos de casa rumbo al circo. Mi madre avanza con Eduardo, llevando el brazo con ropa prolijamente planchada a carbón. En el silencio campesino resuena con alegría bullanguera la música de la banda: clarinete, trombón y bombo. Al concluir, se oye un sonido agudo y cristalino. —¡La campana, chicos, apúrense! Continúa el repiqueteo y a un breve silencio, sigue un toque seco que no se repite. —La primera, menos mal... ¡creí que llegábamos tarde!

Arribamos, después de atravesar todo un mundo de aventuras: para Berto la selva emocionante, para Silvia “esto oscuro, que me da miedo”; yo pensé que en noches así, Cenicienta salía de su jergón y hallaba al Príncipe Valiente.

En el patio, los camarines forman una línea recta. Entramos al nuestro, un cuadrado dividido por arpillerías. Berto y yo, nos desnudamos rápidamente, para no sentir el frío. Mi madre nos ciñe las mallas rojas y las breves trusas cubiertas de lentejuelas. Así parezco muy alta y

muy flaca, mucho más de lo que debo ser para mis años.
—Andá a ver cómo van —dice mamá y cubriéndome con un largo kimono de seda japonesa meto los pies en las sandalias, cuyo dorado casero deja ver su blanco primivo y corro hacia la entrada del picadero.

En un palo grueso, leo el orden en la tablilla: “1º Malabares. 2º Alambre. 3º Entrada cómica. 4º Doble”. Esto último significa que, con mi hermano, actuamos en el final del programa, con nuestro trapecio doble a la americana. Esos arriesgados números de altura, se prefieren para cerrar el espectáculo de pista o lo que, en el circo criollo se denomina “primera parte”, ya que la “segunda parte” es la que se ocupa de llevar al escenario que cada circo posee, obras teatrales de variado repertorio.

Regreso al camarín para finalizar mi arreglo; aliso el cabello y ajusto una brillante diadema donde el “strass” saltado tiene similitud con una vieja desdentada. Mamá cierra nuestras muñequeras elásticas —Berto protesta porque le ajustan— y esparce sobre mi rostro una borla perfumada.

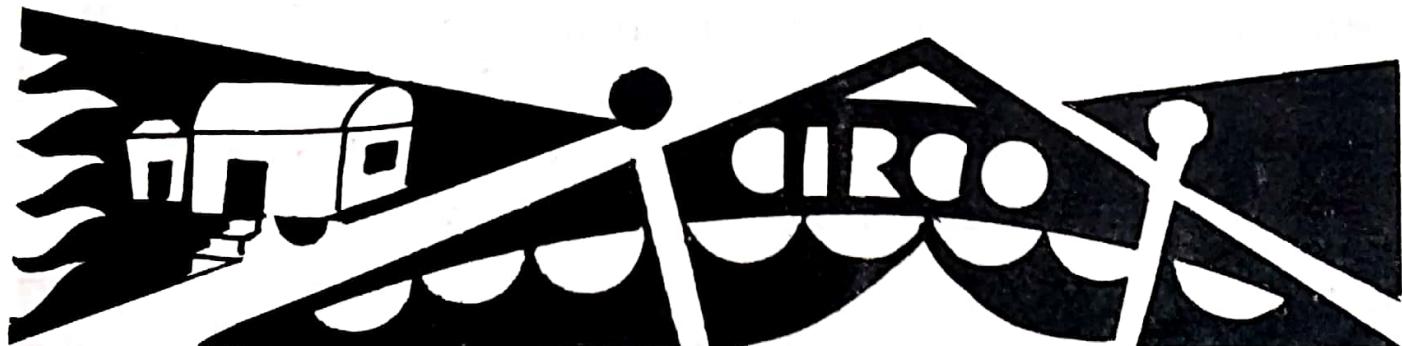
La banda toca una sinfonía en tanto Ada y su madre vigilan a los peones que llevan los aparatos de su número hacia la pista, sobre la que se ha tendido una alfombra de fieltro granate, descolorido y tan gastado, que parece estampado por pálidas flores de aserrín.

Podré verlas actuar asomando las narices por el primer agujero que encuentre en la cortina. El público celebra el espectáculo.

Tras el silbato rompe nuevamente la banda con su estridencia y precede mi entrada y la de Berto a la pista, después de habernos despojado de la bata y las chinelas, calzados con botitas de badana, suave y blanca.

Mientras subo al trapecio, no aparto los ojos de mi padre, que nos vigila y controla celosamente. Siento por él, una devoción y un orgullo pueril que aumenta cuando lo veo como ahora, con sus cabellos negros y brillantes, alto, delgado, elegante dentro del “smoking” gastado, el pechero blanco y almidonado. Me siento segura en el trapecio porque él está allí cercándose con su amorosa protección.

Comienzo los movimientos rítmicos, coordinados, perfectamente iguales a los de Berto. Arriesgados pasos, que a los ojos del espectador adquieren contornos mágicos, arrancan murmullos de admiración y temor y rompen en el aplauso generoso y los comentarios ingenuos: “Qué bien que trabajan, tan chiquitos!” “A mí me dijeron unos que entienden de esto, que tienen los huesos dislocados...”



Carmen de Patagones es un hermoso lugar de la república. Me gusta hacer los mandados caminando las calles en pendiente, numerosas hileras de árboles con brillantes e inmensas copas. El verde nos puebla. Un verde que parece cielo o parece río, según vaya subiendo o bajando. Es una soledad vegetal que me pertenece y me aísla. Por eso no rezongo cuando me mandan, cosa que no ocurre a la hora de la escuela. Quisiera tener una maestra para mí sola. En cambio, voy al colegio con Berto y con Silvia. Los delantales blancos nos igualan a los otros chicos

y sin embargo nos rodean, nos preguntan, nos provocan a veces. Las cabezas se vuelven en medio de la clase para mirarnos; es un tormento el murmullo de risitas ahogadas y los codazos son como estacas que me clavan en el mentón, haciendo que lo lleve muy alto para no ver nada. Me fastidia sentirme distinta, expuesta al análisis como un animalito disecado. Y recuerdo con intensidad que para esos chicos soy sólo "la del circo". Diez, quince, veinte días cuando más, es el tiempo que tengo para cambiar de método, de maestro, de compañeros... ¡y vuelta a empezar! Berto se burla de mí. Su gracejo cuadra en cualquier parte. Sale airoso sin saber las lecciones, tiene una seguridad que asusta. Nada varía con Ada y Silvia. Les halaga ser admiradas, casi envidiadas. Para ellos la curiosidad es un tributo al privilegio de ser mejores. Pero siempre voy a la escuela con lágrimas. —Si no venís aquí, después no podés ir a la facultad —dice Berto. ¡Oh, Berto y su Facultad! A mí no me importa, si para eso hay que soportar las clases, los interrogatorios curiosos y los pedidos de entrada gratis.



El sol parece fundirse en esta bochornosa mediatarde. San Antonio Oeste, de calles arenosas y calcinadas, sin sombra, es un desierto. Vamos al circo, rumbo al ensaio. Siento la preocupación de mis padres porque las cosas no van bien. Así, despoblado por el calor. San Antonio no permite alentar ilusiones.

Ayer llegué a la playa y me maravilló el mar tan azul, llegando en crespas olas a la orilla. Sobre la arena, pequeños huecos tentaron mis pies desnudos.

—¡Cuidado! Si no te calzás, los cangrejos te dejarán sin dedos. —La advertencia de mi ocasional amiguita me preocupa, a pesar de sus risas.

—¿Por qué los cangrejos son tan malos aquí?

—Aquí son iguales que en otro lado. Ellos comen lo que pueden, aunque te dejen con un dedo menos.

—¡Vaya empeño con mi dedo!

—¿Vamos hasta el “Káiser”?

—¿Qué es eso? —pregunto, pensando cuántas cosas raras dice esta chica.

—Mirá, ese barco grandote, varado cerca de aquella roca: vení y vas a ver qué lindo, ¡da un miedo!

—Y bueno... vamos... si da miedo...

Vadeamos la orilla en corridas que levantan el agua hasta nuestros labios, salados. Al llegar, me detengo absorta. El “Káiser” es enorme. Un enorme montón de hierros oxidados y maderas podridas. Ella me cuenta una historia inverosímil, que no oigo, aferrada a la magia lastimera del “Káiser”. Tiene algo de patéticamente triste ese coloso abatido, condenado a contemplar el mar hora tras hora, como un viejo navegante desde un sillón de ruedas.

Todo ha sido inútil. La suerte no debe gustar del circo. A este pueblo tampoco. Don Antonio, después de una prudente espera, convoca a la compañía. Tiene dinero para el regreso, es cuanto le queda, ni un centavo más. Propone la alternativa: regresamos o se arriesga todo a una sola carta: Puerto Madryn.

—¿Qué han resuelto?
—¡Seguir! —contesta papá con firmeza.
—Has hecho bien, querido —le dice mi madre. La mirada que papá le dirige es más linda que todas las que vi en el cine y responde: —Me alegra tanto que lo comprendas así. Debemos conservar la fe y la confianza; es lo que él espera de nosotros.

Silvia lloriquea pidiendo caramelos y mamá se los niega. ¿Es que no tiene plata? ¿Es posible que mamá no tenga? ¿Qué está pasando? La miro. Siempre me pareció una muchacha y ahora me asusta descubrirla casi vieja. Sus preciosos ojos celestes están opacos, grises. Y gruesas me parecen sus cabellos. Y sus manos blancas y su sonrisa. Tengo que ahogar un grito. Porque mamá, tan parecida a una princesa; ella, toda oro, rosa y azul, está gris, completamente gris. Advierte que comprendo. Aprieto sus faldas y lloro. Aunque sus manos tibias me acarician y su voz reprocha dulcemente "estas cosas raras", no puedo calmar el llanto y hundo la cabeza en el hueco de su regazo fuerte, muy fuerte.

Una sombra enorme, de hierros oxidados y maderas podridas, nos cubre por entero.



Como lo anticipara don Antonio, Puerto Madryn colma sus esperanzas.

El dinero corre como un alegre río de plata para cal-

mar la sed de los bolsillos. Desfilan incesantes caravanas de camiones cargados de ceñidos fardos; lana virgen, en blandos y sucios vellones, cimentando la grandeza de este rincón donde parece que se ha fundado la felicidad. Papá me explica que es el tiempo de la esquila, que es como dejar desnudas a las ovejas. Ahora comprendo qué es llegar a un pueblo en buena época y me enorgullecen las razones que siempre y en respuesta a todo, tiene para mí.

El mar se confunde con el cielo, limpio, sin nubes. Es nuestro día de descanso, un lunes de maravilla para pasarlo en la playa. Sentada sobre mis piernas cruzadas, dejo deslizar entre mis dedos la arena fina salpicada de piedrecillas de distintas formas y colores, tan lindas, que las prefiero a las bolitas en las que Berto gasta sus monedas.

La playa se extiende larga, en apenas insinuada pendiente. Es hermosa, una de las más hermosas del mundo, aunque muchos argentinos no lo sepan. El agua clara, es, en su color, lo más parecido a los ojos de mamá. Sacudo la arena de mis manos. Nunca logré hacer un castillo. Pero no me molesta. Estoy muy feliz. Estamos todos aquí, juntos y queriéndonos. Parecemos una familia burguesa disfrutando unas lujosas vacaciones. Sin embargo, digo de pronto: —Papá ¿qué quiere decir “circo criollo”? Lo he oído muchas veces y me resulta tan común como lavarme los dientes. Sin embargo, la pregunta ahora, es más que una curiosidad. El lo entiende así, porque se apresta a explicar, más que a contestar:

—Es... algo que se vive, se ama y se comprende a través del tiempo. ¿Cómo te diría? Se puede comparar con esas simples muchachas de las que creemos que nadie puede enamorarse y que a poco de tratarlas, de adivinar

su esencia, tenemos que huir para no caer en la misteriosa red de su encantamiento.

—¿Cómo una sirena, entonces?

Se ríe. —Bueno, digamos que como una sirena. Pero mucho más. El circo, como lo entendemos nosotros y como lo practicamos, tiene algo de cruzada creadora, de brazos abiertos, de alta empresa. Quizás nunca o pronto, si alguien lo rescata en su verdad, se alcance a comprender el valor y el amor necesarios para ir dejando en cada pueblo, con la alegría intrascendente que sugiere su carpa apuntando al cielo, la fuerza espiritual de su arte menor.

—¿Y todo eso qué tiene que ver con llamarlo “criollo”? ¿O es que no hay circos en otros países?

—Sí, pero solamente el nuestro da obras de teatro.

El asombro es un redondel de ojos y boca: —¿Qué? ¿Otros circos no las dan? —Y él me responde: —No y nuestro repertorio se repone noche a noche, librando la batalla del tiempo y agotando la memoria en el esfuerzo. Además, ha destruido el mito del circo europeo, con “tonys” tristes, como la “ecúyere” enamorada sin esperanzas del rubio domador; sin ese falso vivir en lujosos carromatos, pero con la aventura simple de la familia que no nos es ajena y con el saber adquirido a empujones en las aulas y en los caminos. ¿A que ningún chico sabe más geografía que vos? Geografía viva, que se toca y se respira. Bienvenidos los que aprenden las fórmulas del arte, si le agregan la experiencia de lo vivido y lo sufrido. Porque sólo así el arte puede ser eterno.

Se exalta. Tiemblan sus manos nerviosas y sensibles. No me mira ahora. No me ve. Está más allá del tiempo. Donde los Podestá, los Rivero y tantos otros iniciaban

la gesta con Juan Moreira y demás gauchos heróicos. Estoy contenta ahora. En la sonrisa de papá brilla el horizonte sin nubes de la playa.



Se percibe un afanoso trajín en Trelew. Grandes tiendas le dan cierto aire de ciudad, que de pronto se adormece en sombríos boulevares o en silenciosas colonias galenses. Haciendo esquina con la plaza, como un chico en su primera cita, está el circo.

Al frente un cartelón de confección burda, oliendo a engrudo fresco, deja leer en gruesos y desiguales caracteres: "Hoy, noche, a las 21, en escena **Con las alas rotas**. Domingo, matinée con bono escolar. Se presentará la pantomima **El Negro Boletero**".

Puedo repetir una por una las palabras de las obras que se representan.

—¿Qué papel querés hacer cuando seas grande?

—Ninguno —dice Ada, terminante.

—¿Ninguno? —El asombro no me cabe en la boca y salta por mis ojos hasta su rostro indiferente.

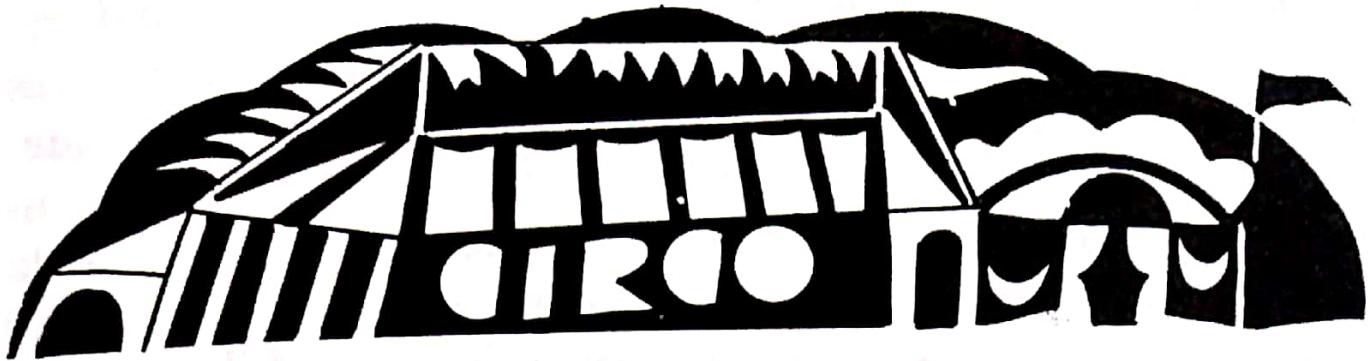
—A mí no me gusta el circo. Quiero volver a Buenos Aires, quedarme con mi abuelita, con mis muñecas que no puedo traer porque se rompen; con las chicas del barrio. Y cuando sea grande, me caso y tengo hijos. Sólo así podré tener una verdadera casa, con muebles y todo.

¿Y el circo? Ada no sabe lo que dice. La miro con desconfianza; me responden sus ojos redondos y oscuros como lunares de terciopelo. Tienen un candor increíble. No se burla. No, no seguirá en el circo. Se desprenderá de nosotros como una rama desgajada. Para mí, otro será su lenguaje incomprendible.



A las puertas del circo termina el corso. Cerca de su iluminada "marquesa" se amontonan, pisoteadas y coloridas, montañas de serpentina. Y papel picado. Muñecas Lenzi pasean lánguidamente en el trono efímero de un guardabarros, agradecen con pálida sonrisa el homenaje de la serpentina que se prende a las anchas capelinas de organdí. Como una máscara más el cartelón del circo bosteza su aburrimiento: "Esta noche, después del corso, gran función".

Reemplazo mi vestido por una malla y pollerín de raso blanco. Disfrazada de tirolesa, con el sombrerito de fieltro verde inclinado graciosamente sobre el rostro pícaro, Ada me mira. La erguida plumita roja vacila sobre su dilatado bostezo. Su mirada, más que soñolienta, es ausente. Acaso su pensamiento vague ahora por un barrio porteño, por un destino inmutable, por una casa sólida, donde las fotografías dejan en las paredes un claro rectángulo en el tiempo... y el circo será una estrella de lona titilando en el espacio del milagro.



Los camiones resisten estoicamente la pesada carga. El baldío que ocupaba el circo muestra un círculo cubierto de aserrín. Allí, caídas unas sobre otras como descansando de la temporada, las sillas esperan turno. Después llegará el nuestro. Son cien leguas de Trelew a Comodoro Rivadavia, y ése es el único medio. En el camión que nos corresponde, la mujer de Estrada —el director— no encuentra nada a su gusto. Chilla y rezonga:

—Si no me hubiera casado con vos no estaría ahora en un circo, viajando como una pordiosera. Haber dejado el teatro por seguirte... ¿en qué estaría pensando, me pregunto? Alcanzame esa valija... ¡Esa, no ves! ¡Qué hombre, Dios mío! En qué estará pensando...

Su rostro, a la luz del día, muestra despiadadamente las arrugas empolvadas. Las puntas rojizas del pelo suben desde el color ratón al gris. Pienso con tristeza que una interminable serie de viajes como éste, es cuanto le resta. Desde otro camión pronto a partir, llena la boca por una manzana que mordisquea golosa, Ada me saluda.

Nuestro vehículo comienza a andar. Toma una senda desolada. Como un inmenso mar, hacia uno y otro lado, soledad. El espartillo y la cizaña ponen su ocre verdor sobre la tierra dura. Con la noche cae un frío que nos immobiliza aún más por la falta de espacio. El material ha ido ganando terreno y con el ajetreo, lenta y suavemen-

te, las sillas se sientan ahora sobre nosotros. Silvia duerme en mis rodillas y aprieto entre las mías sus manecitas heladas. Berto, monótono, canturrea una canción vaquera. Por fin, después de mucho andar, un alto en el camino desgrana comentarios que se pierden sin eco en la majestuosa soledad de la noche surera.

Mamá distribuye entre nosotros los bocadillos, la fruta; el café humea alegremente desde la boca brillante del termo. Es apenas una tregua. Nuevamente horas y horas de andar nos enfrentan, a medianoche, con una posada que frecuentan quienes transportan lana desde Trelew y San Julián. Allí bebemos con avidez un tazón de leche hirviendo.

Entre cabeceos y protestas emprendemos la última etapa. Nadie habla ahora, nadie protesta. Nos envuelve el silencio precursor del sueño o alguien duerme ya, irremediablemente. Y el silencio se rompe con un grito. Casi sobre el vuelco, se detiene el camión en una maniobra digna del mejor equilibrista. El conductor nos tranquiliza con una sonrisa pálida a través de los ojos nublados. No acierta a explicar en qué momento sus manos se hicieron blandas, como plumas. El sueño quiso vencerlo; la vida se defendió con un grito.



Deslumbra con su poderío y su belleza, Comodoro Rivadavia. Vivimos en medio de un paisaje violento y sole-

ne. Abajo, el mar como un valle de florecitas de lino. Dentro del agua, igual que puñales clavados, la punta enhiesta de las torrecillas de los yacimientos petrolíferos emerge con la sangre de sus lámparas rojas.

Calle arriba, el pulso humano: comercios lujosos, edificios modernos, en contraste con el “cine-bar”, con afiches de Maricastaña, desde donde sonríe la, para mí ya legendaria, Ginger Rogers. Calles arriba y abajo, y vida fecunda y, más alto aún, casi tocando el cielo, cerros duros, como un mundo ajeno y riguroso. Con su poesía y su leyenda, con el Chenque y la Salamanca embrujada, la lengua de tehuelches y araucanos. Y allí, como un santo desafío, la mano del hombre clavando las banderillas del progreso y las torres iluminadas hendiendo entrañas que manan la savia negra del petróleo.

En medio de esta grandeza el circo afirma su ilusión de nube. Es una deliciosa impertinencia, un clavel arrojado a la plaza de toros. Y el paisaje se venga. El viento cruza aullando, parece el lamento de un viejo cacique, y su furia y su rencor. Todos corren bajando la carpa, levantando el “coutí”, sujetando chapas entre chirridos de roldanas y el ruido del maderamen.

Cada artista de circo lleva, con su miedo al viento, un recuerdo triste o trágico. Esta noche es fría. Como todas aquí, pero de cielo sereno. El público ríe con las disparatadas gracias de Fatiga y Bulla. Un vientecito molesto comienza a agitar la carpa. El circo tiene gravidez de cajadas. Miro con angustia. El palo “mastro”, vértebra y corazón del circo, tiene un temblor casi imperceptible. Los “guardapules” agitan con fuerza los mascarones que les sirven de adorno. Están hechos con trozos sangrientos, con una deformidad de monstruos vengativos. Me

aterran esas caras grotescas. Nunca las había visto así. Se mecen burlonas. Más y más rápido. Como en una danza macabra. Todos, en una suerte de invocación, tenemos el rostro mirando hacia arriba. No siento el frío sobre la piel desnuda. El viento infla la lona verde oliva. La gente comienza a inquietarse. De pronto, con un gemido ahogado, el "mastro" se doblega levemente. Hay un remolino de gritos y corridas.

En el circo vacío queda un susto que se prolonga en el llanto de Silvia. Me duelen las mandíbulas. Las aflojo y un líquido tibio y salado me moja los labios.



Domingo de descanso obligado. La lluvia ha caído sin cesar. Mar, pueblo, casas, tienen opaco color terroso. Marcho con un paquete de provisiones, lentamente, dejando que la lluvia cumpla su trayectoria humana sobre mi rostro enrojecido. A medida que asciendo aumenta el dolor de mis pantorrillas. Las botas, paso a paso, se cubren de un barro claro, pegajoso. De pronto quedan limpias porque ese barro, hecho de lluvia y tierra arcillosa, vencido por su peso, se desprende como un fruto maduro.

Dejo en la cocina un húmedo envoltorio que se abre en bocas por las que escapan hilos de blanca harina. El impermeable ocupa un claro en la pared. Allí queda, escurriendo su apariencia de vieja desnutrida. Sentada aho-

ra, con las manos apoyadas en el mentón, contemplo a mi madre mezclar grasa, agua y harina, de todo el cual resultan sus prodigiosas tortas fritas, semejantes a grandes monedas de oro.

Silvia gira en torno como una veleta:

—Mami, dame para hacer fideítos.

—Tomá, pero andate. —Un bolón tierno comienza a ennegrecerse en las sucias manos de Silvia.

—Mi gusto hubiese sido seguir la gira, ahora que van tan bien —dice don Antonio, mientras sorbe el mate—. Faltan plazas muy buenas. . . San Julián, Santa Cruz, Bariloche. . . , pero para el circo el sur termina en mayo.

—¿Cuándo será el regreso?

—No sé, es lo malo. Los barcos llegan muy cargados; estoy esperando una respuesta. Si se hace, les consultare.

—Por nuestra parte, aceptamos desde ya —dice mi padre, mientras hace subir la espuma de la yerba con el agua caliente.

Sus voces se pierden entre los gritos de mis hermanos, el broncar del viento y el alegre chisporroteo del aceite en la sartén.



Ya estamos en Kílómetro 5, desde donde partiremos camino del regreso. Ada no oculta su alegría. Habla del mar, de la travesía, de sus tíos esperando en el puerto de Buenos Aires.

—Parece una gatita —me digo, y hay ternura en este pensamiento.

Tiene puesta una boina. Una boina por la que asoma su flequillo negro; la misma que tenía cuando vi en ella a otra chica del circo. Le baila nuevamente en la cabeza, ahora que iniciamos el viaje hacia la bifurcación de nuestros caminos. Ada ya no pertenece a mis cosas, pero no importa. Para siempre habrá una boina en mis recuerdos. Silvia pregunta si este barco es de los que se hunden. Un marinero le asegura que no puede pasar nada porque es un barco de chocolate.

Cuando cae la noche, la sirena lanza su lamento de distancia. Lenta, muy lentamente se inicia la marcha, abriendo surcos espumosos y gradios. Lejanas, se encienden incontables luces rojas; abajo, arriba y allá, en lo alto, casi tocando el cielo...

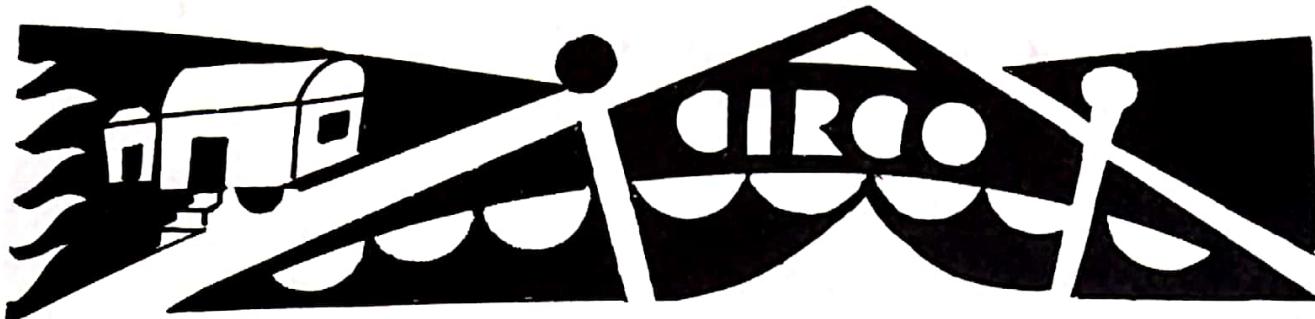
El Asturiano es un barco viejo y pesado; se percibe su fatiga a cada impulso del motor. Aceptando precarias condiciones don Antonio logró los pasajes, durmiendo los hombres en la bodega, cerca del ruido monótono de la máquina, y las mujeres, todas, en un incómodo camarote.

En el comedor miro con envidia cómo dan cuenta del menú los compañeros.

—¡Esto está riquísimo —grita Ada—. Tomá, probalo y vas a ver...

Intento llevar el bocado a mis labios. Se produce un vuelco en mi estómago. Siento mi palidez. “Debo estar moribunda”, pienso. Nunca lo estuve, pero esto es lo más parecido. Me invade una tremenda compasión por mí: “¿Y mis padres? ¡Cómo sufrirán!” Un líquido frío me corre por la frente, por las sienes. Todos hablan sin

reparar en mí, sin advertir que estoy grave, muy grave...
Hablan, iy comen! No puedo mirarlos. El sudor es helado, de muerte. Dejo la mesa precipitadamente, corro vacilante hasta cubierta y apoyando los brazos en la borda inclino la cabeza hacia el mar.



Sentimos una pequeña felicidad burguesa cuando alquilamos la casita de este barrio suburbano. Lo necesitábamos después de dos prolongadas giras con el Circo Rex. La segunda se limitó a la provincia de Buenos Aires, con algún cambio de compañeros. Tal como lo dijo, Ada no volvió con nosotros. La he visto después algunas veces y me cuesta reconocerla. Ha pegado un estirón que la afea mucho y habla con tono medido de persona mayor, pero de persona pretensiosa.

Estoy pintando una latita que ha de servirnos de maceta, cuando oigo llamar a la puerta. Separo de mi cara el pelo desgreñado y miro. Hace apenas tres días que ocupamos la casa; el hombre debe estar equivocado. Pero dice el nombre de papá, y lo hago pasar entre un desorden de baúles y valijas abiertas.

—¿Preparándose para un viaje?

—No, señor.

—Yo aseguraría que se preparan para un viaje.

Me molesta y no le respondo. Lo dejo ahora con mi padre. Aunque regreso a mi tarea, mi oído está atento. Oigo sólo murmullos, y al fin la voz del hombre:

—Espero su respuesta hasta mañana. Es una buena empresa. Además del trabajo habitual de todos ustedes (primera y segunda), la chica mayor bailará los pericones. No oigo más. El pericón. Lo he soñado mucho, nunca me cansé de verlo bailar en la pista con los anchos vestidos, las relaciones y las voces del bastonero ordenando las figuras de la rítmica danza.

En el circo de don Antonio hice “papelitos”. Mis doce años parecen quince por la largura de mi silueta lacia. O hago muchachitos. Así es que todavía me enfundo en una bombacha criolla y detrás de un vacilante mostrador de boliche, en función del Juanín que imaginó Belisario Roldán para su obra, escucho el relato del Vasco Martín; y como si de mí dependiera el éxito de la obra, en medio de la conversación de los capitanes Carlos de Alvarez y Cárdenas, mirando al foro, exclamo con énfasis: “¡El moribundo, allá viene!” Y me pierdo en un mutis lento, mientras se apagan en la garganta del aludido las arrastradas estrofas: “Que son rosas peregrinas, las del Rosal de las Rui. . . iii. . . iii. . . nas. . .”.

—Hasta la noche, entonces.

Quedo frente a papá. Lo miro a los ojos, interrogante. Desvía la mirada y se aleja. Me vuelvo a mis hermanos, absortos en sus juegos; indiferentes. A mis pies, la maceta a medio pintar deja ver parte del nombre de un aceite conocido. Nerviosamente me paso la mano por la cara. Algo pegajoso me dice que estoy pintada de verde. El pincel se ha llenado de tierra. Los baúles, abiertos, parecen grandes bocas burlonas. Todo tiene algo de inconcluso, de indefinidamente trunco. Llegan airadas las voces de mis padres. Después de un silencio, mamá pasa sin mirarme. Atraviesa la desordenada selva de maletas.

Uno a uno va sacando los trajes, que luego vuelve a colocar cuidadosamente doblados en el fondo de los baúles. Siento desprenderse una lágrima y la recojo, desmanada, en el dorso de mi mano.



Llegamos de noche a Castelli. Nos recibe la trastienda de un negocio de frutas y verduras. Percibimos el olor de cebollas ácidas y naranjas podridas. Con los ojos más oscuros que nunca, mamá repite mecánicamente el gesto de vaciar maletas.

Duermo mal, agitada. Entre sueños siento el vaho agrio de las verduras encerradas. Y me despierto llorando porque en el sueño se ha desparramado la pintura verde que guardaba en una latita de aceite.

A la hora del ensayo nos enfrentamos con un circo de lonas recogidas. Aún así, es un material importante. Varias personas pasean su aburrimiento hasta el momento de ensayar y lo distraen con nuestra llegada. Una mujer gorda y descuidada cose, en medio de la pista, un remiendo en la carpa. Levanta su rostro cordial, y apartando la costura viene a saludarnos. Es la mujer del dueño. Del Valle es un hombre joven aún, que fuma y fuma nerviosamente. Su hija, Perla, dama joven de la compañía, es una pesada muchacha de quince años, con todo el esplendor de su edad.

A poco, escucho con placer los versos de *El puñal de los troveros* y es Del Valle, con acento enamorado, el

que habla a mamá, a quien recién conoce: "Moradora del castillo / que forjó mi fantasía", y ella lo escucha desde el imaginario balcón de un castillo feudal.

Perla aparece luego; debe ser la encarnación viva de la campesina fresca y dicharachera. El personaje muere en su desgano, en su voz sin matices. Repite algo que no le importa y, sospecho, no le importará nunca.



Con todas las características de la campaña, Lezama parece envuelto en un fresco sudario verde. Algo familiar y grato hace que prolongue allí nuestra estada. Del Valle acepta hacer una función en el campo.

— ¿Cómo en el campo? ¿Vamos a trabajar de gauchos, papá?

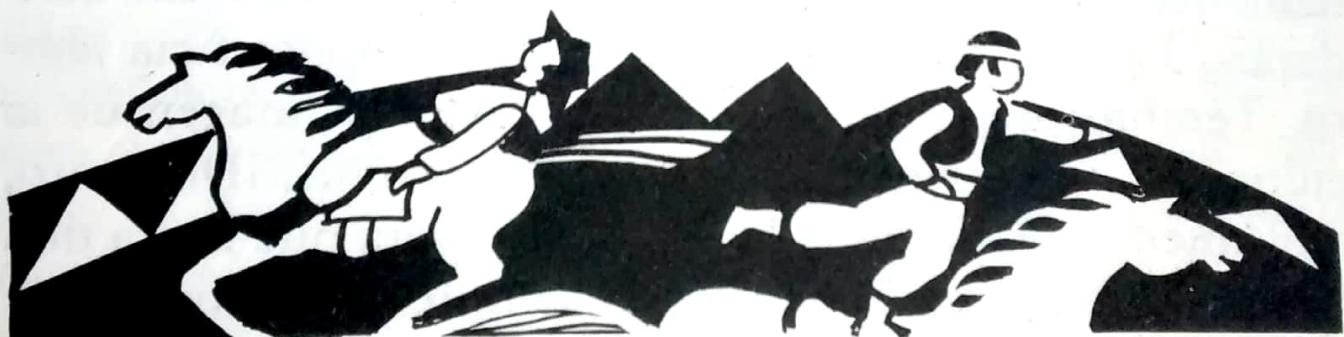
Papá ríe y le explica a Berto que "La Florida" no es, ni con mucho, un pueblo. Tiene apenas un almacén y también un pequeño local donde, de tanto en tanto, se hacen bailes para expansión de los campesinos de las chacras vecinas y hasta se celebran acontecimientos como bodas y bautismos.

— Allí trabajaremos, ¿y saben por qué? Porque el patrón de "La Florida" cumple años.

Así fuimos, llenos de curiosidad, de expectativas. Para nosotros, la contrapartida del espectáculo fue ver llegar a la paisanada hecha un primor, con corraleras bordadas, rastras ricas, con oro y plata, y otras apenas fajas

rojas cubiertas por un ancho cinto de cuero, con buena hebilla, eso sí. Muchachas lozanas, limpísimas, cuyo mayor orgullo era exhibir disimuladamente la puntilla impecable de su enagua almidonada. Temprano, todos hicimos honor a la churrasqueada y ellos siguieron con el baile, acompañado de acordeón y guitarra, sin sentir el calor ni el cansancio. No pudimos integrarnos, es verdad. Nos miraban con una suerte de admiración y respeto, que nos arrinconaba. Eramos diferentes, de otra laya. Aun cuando entre las exclamaciones de los que no creían que una “pueblera”, y para colmo artista, fuera capaz de hacer, me animé a montar un caballo y salir al galope loco.

La función que ofrecimos por la noche, fue para ellos la culminación de la maravilla. El bolichero fue, entonces, Aladino en posesión de la lámpara.



Ha comenzado el frío y la lluvia también insiste en hacernos difícil el invierno. Es cuando don Carlos nos dice que en la próxima “plaza” no armará el material y actuaremos en el local de la Sociedad de Fomento. El nombre del pueblo nos apabulla: Real Audiencia, ¡casi nada! Imagino inmensos salones, con columnas doradas y escalinatas de mármol, por los que andan gentiles pajes y marquesas con pelucas empolvadas. Tan fuerte es esa imagen que cuando llegamos a la pequeña estación,

desde donde no se atisba ni una casa sino un verde alegre y otro melancólico y más allá triste y juguetón, sé que el palacio de Real Audiencia estará detrás de esa muralla de árboles y plantas. Pero no. El sueño se rompe como un globo dorado, pero que no es de oro sino mucho más frágil.

A no ser porque tiene estación ferroviaria, podría confundirse con "La Florida". Las viviendas, en casas de familia, seres de inolvidable ternura, de intocada pureza que nos sirven a lo largo de la vida, estaban... ¡uf! a mil cuadras del enorme galpón de cinc embaldosado y con amplio escenario, donde actuariamos. Amanece un sábado frío pero luminoso. Antes del mediodía don Carlos llega para hablar con mi padre. Me llaman ¿Qué podrán querer de mí? En un segundo repaso mentalmente cuánto de malo pude haber hecho. Me demoro deliberadamente. Cuando hablen de cosas importantes, me olvidarán. Pero el llamado se repite, con impaciencia ahora. Temblorosa, roja, me acerco como la imagen de la culpa. Los dos tienen los ojos puesto en mí. ¡Dios mío, qué miedo! ¿Qué pude haber hecho para que hasta don Carlos, siempre un poco lejano, siempre preocupado, me observe atentamente?

—¿Te animás a hacer la Mariluisa?

No contesto. No comprendo. La cabeza me da vuelta.

—Te he preguntado algo.

—¿Eh?

—¿Qué te pasa? ¿No entendés? Don Carlos quiere saber si no tenés miedo de hacer la Mariluisa, si pensás que lo podés enfrentar sin dificultades. —No cabe duda, es verdad. Lo repiten, no se burlan. Están serios, preocupados, como si de mí pedendiera algo importante. Con al-

go que no sé si es tristeza o alegría, con algo que hace que mi voz brote débil, sin aliento, contesto:

—...sí...

—¡Ya sabía yo! —exclama don Carlos, satisfecho—. Si es una artista de raza. Y lo harás muy bien, aunque seas tan mocosita. Te dejo el libreto para que lo estudies. Mirá que es para la noche.

¿Estudiar? ¿Para qué? Sé los versos de todos los personajes, desde el primero al último acto.

Mamá arregla a mi medida un vestido con miriñaque de vaporosa tela rosada. Doña Clara me prueba una peluca de largas trenzas rubias. Perla, la ausente por enfermedad, desde la cama y oliendo a cataplasma de lino, sonríe tranquila. Está cómodo así. El teatro no se inventó para ella.

La madre abre grandes baúles con utilería, que lanzan vahos de humedad. Inclinada sobre ellos revuelve, y nada se me ocurre más semejante a la caja de Pandora. (¿Qué será la caja de Pandora? No sé, pero se me ocurre que viene al caso). Arroja afuera chaquetillas que tendrán el don de crear héroes históricos; sables oxidados que apenas pueden salir de sus vainas, pero causan mortales heridas teatrales; rojos trajes de mazorquero, sotanas y, emergiendo como un perrito lanudo de entre el barro, el blanco dudoso de un hábito de novicia. Con él bajo el brazo, como un glorioso trofeo, llegó a casa. Soy increíblemente importante; mis padres están pendientes de mí, mis hermanos me miran con respeto.

Las horas pasan lentas o no pasan. Miro el reloj repetidamente, controlo su marcha y aún así me parece que anda despacio. Con esta inquietud, por fin me sorprende la noche. Una corona real no tendría para mí el valor

de esta peluca rubia. Después de persignarme, entro a escena. Sé que mi corazón, tan agitado, está latiendo con toda la compañía. Están pendientes de mis palabras, tienen confianza y miedo. Igual que yo.



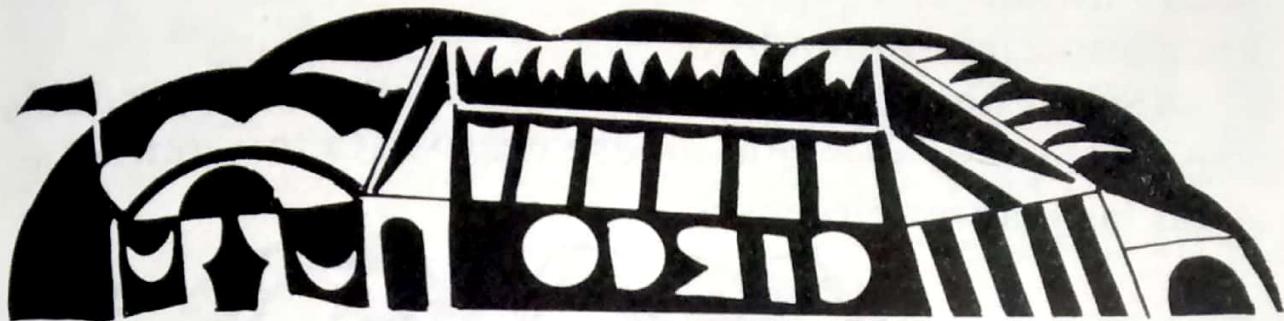
Las fiestas de fin de año nos sorprenden en Tres Arroyos. La época ha sido excelente y con Perla no hacemos otra cosa que hablar de los vestidos que estrenaremos. Es entonces cuando oigo comentar la situación en que se encuentra una compañía teatral de cierto renombre, que también se halla en gira en la ciudad.

—¡Están varados!

—¡No sé cómo regresarán a Buenos Aires! Habrá que hacerles una función a beneficio con cualquier motivo decoroso. Hoy no tienen ni con qué comer.

Esta Nochebuena que enciende en mi espíritu sus estrellas de sueños y venturas, no puedo apartar mi pensamiento de esos compañeros mientras deslizo sobre mi cabeza el vestido flamante. Hoy mis padres recuerdan a los suyos, levantando una copa en su homenaje ante la enorme mesa de tablones tendida en medio de la pista, en torno a la cual se reúne la gran familia del circo. Después de la Misa de Gallo, aún me envuelve el aroma intenso y dulce del incienso; la voz del sacerdote está a mi lado repitiendo: "Esta es la fiesta del amor, de la unión, de la fraternidad".

Don Carlos quiere saber en qué pienso. Se lo digo. Y sobre mis palabras, sin agregar una suya, se va. Se va solo y regresa con otro núcleo que agranda la mesa. Ahora sí: feliz Nochebuena.



Realizamos nuestra última función en Azul, una ciudad hermosa, potente, donde el arte parece manifestarse en sus casonas, donde los zaguanes lucen mayólicas que más parecen joyas. Hay artistas pintores, toda una dinastía de ellos en una familia admirable. Y un hermoso arquetipo de bohemio que anda con sus acuarelas bajo el brazo, pintando los tonys más conmovedores de cuantos he visto. Tal vez porque no son tristes, sino ingenuos, límpidos, verdaderos. A veces duele más que otras dejar el pedazo de sueño que hemos vivido.

Cargando ropas llegamos a casa. Mi madre divide su tiempo sirviendo la cena —siempre, después de la función— y guardando aquello que ya no es necesario. Mientras observo sus movimientos sin pausa, doy en pensar si hay mujer tan laboriosa como la del circo. Atendiendo hijos, luchando hombro a hombro con el hombre que eligió su corazón, levantándose temprano para que le alcance el día para la casa, los ensayos, el estudio, y acostándose con el alba por la naturaleza de su tarea. Preparando ropa común y de trabajo, ese paciente pegar len-tejuelas o mostacillas, armando con incomparable imagi-

nación los trajes más dispares, desde el de una simple paisana hasta el más paquete soireé, careciendo de comodidades elementales y cambiando de casa, cada mes cuando mucho.

Me invade una repentina ola de orgullo y ternura. Corro a abrazar a mi madre.

—¡Salí, chiquilina loca! —dice, risueña y sorprendida.

No sabe —ni sé— que en ese gesto está mi homenaje a todas las madres circenses.



Nos acostamos a las dos de la mañana. Despierto ahora con la insolente estridencia del reloj. Papá nos grita, jovialmente:

—¡Son las cinco! ¡Arriba, dormilones!

Sé cuánto le cuesta decirlo y hacerlo, por eso me levanto sin remoloneos. Debo dar de sacudones a mis hermanos que se resisten a dejar el lecho. Malhumorados, llorosos, tiritando de frío y de sueño, se sientan sobre un baúl y beben un ligero desayuno que papá entibia sobre un calentador a alcohol.

En las primeras horas llegamos a un pueblo pequeño. Se hace un tanto difícil hallar vivienda. Papá va y viene por las calles de tierra sin lograr nada conveniente. Por fin nos conduce a nuestra nueva casa. Pasamos ante una metálica baja y llegamos a una entrada de zaguán, para encontrar el patio de una casa solariega, alegremente llena de macetas florecidas. Sin embargo, a un costado, en un gran galpón observo maderas de extrañas formas que

me infunden temor. Sale a recibirnos una sonriente muchacha rubia que nos invita con mate. Es Italia, la hija del dueño de la cochería fúnebre de Cacharí.



El invierno ha sido malo, de verdadera prueba. Vamos a terminar la temporada que iniciamos en Mar del Plata con poca fortuna. Muchas veces, cuando el viento sopla furioso, me asomo a la rambla; me atrae el chocar de las olas contra la muralla y oír cómo, igual que una selva de fieras desbocadas, vuelven a lo hondo.

Las manos heladas metidas en los bolsillos del abrigo, llego al Teatro Colón, recurso al que hubo que apelar para pasar la temporada invernal, cruel como pocas. Es nuestra última función. La sala vacía estremece su silencio con los golpes de martillo que parten desde el fondo. Recién me doy cuenta, desde la última fila, lo alto que está mi trapecio. Mis pasos resuenan tristemente por los desolados pasillos.

Encuentro a mi padre sentado en el camerín. Me inquieta su palidez y una angustia inexplicable que me ronda siempre que lo miro, desde lo alto cobra ahora repentina vigencia. ¿Si me faltara? ¡Si me faltara! Las uñas se me clavan en las palmas de la mano. Soy grande, una señorita casi. Me lo repiten cada día. ¿Cómo voy a decirle entonces lo que tengo a flor de labios? ¿Cómo voy a preguntarle: ¿verdad que no te vas a morir?

—No, estás bien, papá. ¿Qué pasa? —digo, en cambio, como un ser adulto.

—Nada, querida, un ligero malestar. Los nervios, fatiga, sin duda.

—Te acompañó a casa.

—No seas tontita, Mónica. Me siento bien. —Palmea afectuoso mi mejilla y comienza a vestirse. Nunca lo he querido tanto como ahora. Sorprende mi mirada vigilante y una sonrisa, su ancha sonrisa blanca y generosa, hace que lo vea fuerte, invencible. El más fuerte y lindo papá del mundo.



No hay “plazas” buenas cuando el frío llega. Pero, siempre, para eso no hay mejor lugar que la provincia de Buenos Aires. Estamos en Chivilcoy, cuando don Carlos dice:

—Esto “aflojó” mucho. Mañana hacemos la última con un “dramón” y “entrada de gancho”.

Así es, como muchas veces, que mi padre anunciará para esta noche: “Juan Moreira, con pericón nacional bailado por toda la compañía”. El hombre de circo lleva muy bien la ropa de gaucho. Así veo a don Carlos, con su chambergo negro y aludo sobre la hermosa peluca rojiza y la vincha cruzándole la frente con su oscuro trazo. Corralera y chiripá de bordada tela negra; rastra de plata y oro. Pañuelo rojo de pesada tela. Y asomando la ancha puntilla por el blanco y almidonado cribao.

Ahora el gaucho está tendido en la pista, metido en el cepo, sufriendo el público la humillación del criollo alti-

vo. Don Francisco, en alcalde, descarga fieros rebencazos. Juan Moreira es el fabuloso Tom Mix del circo:

*¡Siga golpeando, señor,!
hasta que las velas no ardan,
que al hombre puesto en mi güella
ni el castigo le hace mella
ni los golpes lo acobardan.
¡Siga golpeando, señor...!*

El religioso silencio de la platea tiene la densidad rebelde de la indignación pronta a estallar. Y llega el momento esperado, el de la fiesta criolla. Paisanas de largas trenzas prendidas a la corta melena; Ño Bento, mamao y decidor, Moreira y su leal amigo Julián Andrade conforman el prodigio. Y por último, el Pericón por María, que tiene en sus notas acento de himno circense porque Podestá lo escribió para un picadero inmortal. El bastonero eleva su voz de mando: “Zarandeo a la derecha... iaura! Una sí y otra no... iaura! Un valsecito con su compañera... iaura! A preparar los pañuelos pa'l pabellón de la Patria... Pabellón de la Patria, al centro... iaura, y se fue! ¡Viva la Patria!”...

Surgen después las relaciones, con intencionado humor y picardía criolla. El gaucho querendón llora su cuita:

*La pena y lo que no es pena,
todo es pena para mí.
Ayer penaba por verte
y hoy peno, porque te vi.*

La respuesta es casquiana:

*Tuito eso que me dice
me resulta un disparate,*

*porque usted calienta el agua
pero otro se toma el mate.*

Llega al final, con la muerte de Moreira en “La Estrella” a manos del sargento Chirino. El público participa, ríe, sufre con la aventura. No importa la realidad histórica de Moreira sino la imagen del hombre argentino buscando su semejanza.



Nuestro cuarto se ilumina con la claridad del alba. No he dormido. Como aquella noche en Mar del Plata, papá ha vuelto a sentir su malestar, pero con más intensidad. Envidio el sueño de los chicos, pero Berto... Para justificar su perpetua rebeldía dice que está cansado de ser cirquero. Yo también la siento a veces: cuando me toca el desdén de alguien, cuando no somos los artistas sino “los cirqueros”, esa raza distinta; o cuando, como ahora, alguien enferma. Para atenderlo, ni comodidad, ni “médico de la familia”, ni la seguridad de una convalecencia. Sólo un limitado horizonte sin mañana.

—Quedate un momento con papá, voy por un médico; no te asustes. Papá no está bien pero no es nada de cuidado.

Tiritando de frío y angustia, me siento al borde del lecho. Papá duerme un sueño agitado; el sudor le pinta diminutas estrellas en la frente. Mis manos se unen muy fuertemente, como si pudieran expresar una oración.

No tengo conciencia del tiempo transcurrido hasta que mi madre regresa con el doctor. Es un sereno y bondadoso médico de provincia, casi una figura típica para la gente de circo. Ellos —casi todos— ocupan un lugar de emoción, de gratitud en el corazón de cada cirquero.

Debe conmoverlo mi angustia porque me mira con dulzura antes de salir, seguido por mi madre. Y escucho palabras que flotan en el aire con misterioso significado: reposo absoluto, insuficiencia cardíaca, electrocardiograma... Sospecho que todo eso no ha de ser nada bueno. Voy al lado de papá. El, sólo él, podrá devolverme seguridad. El, mi ídolo invencible. Le hablo aturdidamente, en la esperanza de ver su sonrisa ancha y brillante:

—Déjame solo, por favor; estás muy conversadora y yo quiero dormir.



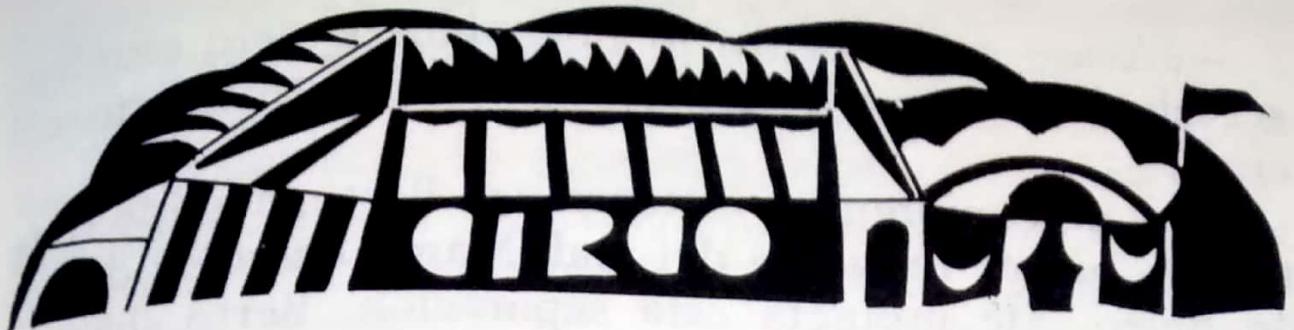
La enfermedad de papá nos obligó a dejar el Circo Del Valle, donde la amistad ya era casi un vínculo de sangre; pero era inevitable.

Vivimos en una casa grande, pero no como aquellas que encontrábamos a veces en los pueblos: grandes de sol, de jardines. Esta es grande porque tiene muchas piezas. Y más inquilinos. Sentimos la falta del aire puro que teníamos con el deambular por los pueblos. Papá mejora lentamente. Mamá tiene el gesto cansado, profundas ojeras le restan belleza a su mirada. Siento que envejecemos juntas. Me parece imposible que haya cumplido só-

lo catorce años. Ha sido fatal que madurara. Los pocos ahorros del circo se fueron velozmente. Y en esta prueba mi madre me ha conferido responsabilidad. Me he diplomado de persona mayor. Y no me alegra. Lo ha hecho volcando en mí sus angustias, cuidando que el dolor de saber no alcance a mi padre ni a los niños. Sentimos igual tristeza por vivir en una casa como ésta, donde también somos distintos, donde nos rechazan cuando pasamos silenciosas por el patio, donde se mezcla el chisme al olor de distintas comidas.



Estoy juntando valor para entrar al Banco Municipal de Préstamos. Papá no debe saber. Pretextando una visita, salí con las pocas joyas que mi madre me confiara. Doy un tímido empellón a la alta puerta de vidrio. Siento todos los ojos puestos en mí. Pero no es así; todos los tienen en esa indiferencia que los vuelve hacia su propia necesidad, hacia su propia humillación. Marcho por un frío corredor embaldosado, mirando puertecitas en las que se lee con letras negras: **Ropas, Objetos Varios, Alhajas...** La puerta cede a mi impulso. Un empleado de voz impersonal arriesga una cifra que se pierde en un murmullo desganado. Tiene que invitarme a salir porque me he quedado mirándolo. Una congoja sorda me anuda el pecho, me produce náuseas el intenso olor a naftalina, me golpea el cerebro la voz de un cajero que canta: 825... 796... 823... Y los números suenan y se repiten en el largo eco de los corredores.



Ya no queda nada de valor en la casa, pero papá se levanta, anda, sonríe. Un sol alegre se tiende por las calles de Buenos Aires. El mismo que trae el recuerdo de los caminos abiertos, de las noches bajo la carpa, de la banda rompiendo el silencio campesino. Y el médico comprende que papá debe volver, que para él no hay mejor medicina.

Y torna al contacto con el ambiente, esperando la oportunidad de trabajo. Largas son las horas en el Bar Modelo, de Paraná y Sarmiento. El Modelo es apenas un café desprolijo: sobre sus pequeñas mesas de madera sucia se juega eternamente a la generala y se consumen sin cesar pocillos de mal café. Todo él tiene algo de la incurable bohemia de sus parroquianos: viejos actores amargados, empresarios en busca de elenco, artistas "en la mala". Y también aquellos prósperos que son fieles al viejo y cirquero café porteño, la entidad sentimental del circo criollo.

—¿Dónde te encuentro?

—En el Modelo.

—Voy al Modelo. Fulano tiene que alcanzarme un librito.

Y del Modelo regresa ahora papá. Con toda la alegría y la inquietud que siempre produce la perspectiva de un viaje.

Berto se niega a salir.

—¿Acaso es un delito lo que pido? Quiero estudiar, ser alguien. Estoy harto de vivir así, estoy harto del circo.

Papá no comprende, yo tampoco. Berto, erguido frente a él, parece un genio del mal. Mamá logra los deseos de Berto. Me inquieta esta separación. Berto siempre aceptó el circo como un castigo, como algo que debía acabar en cualquier momento. Yo, como un destino inapelable. Por eso la despedida me parece el cumplimiento de un plazo prefijado.



Nuestro regreso a los caminos se produce en Oriente, con un circo pequeño propiedad del binomio Cáceres-Grosso. Cáceres es alto, guapo, moreno. Actúa con eficiencia en el escenario, y en la pista conduce con gallardía a Pinto, su hermoso caballo amaestrado. Grosso, viejo actor de teatro, está en ese cruce difícil del artista que no quiere admitir su declinación. Para él, el circo es el cauce por dónde fluye el reverdecimiento de antiguos éxitos y caducas emociones.

Todos los días, tan pronto llegamos, corremos a la tablilla; algo así como una minúscula estafeta de uso privado. Hay dos cartas para mí: una de Elisa, la dulce maestra que, alguna vez en un pueblo, se hizo mi amiga; otra, de Perla, donde me cuenta con singular personalidad ortográfica su próxima boda con un empleado de su circo. Hay también carta de Berto. Mientras papá la lee

pausadamente, como acariciando la voz de las letras, mamá le escucha sin respirar.

Esta noche el público se agolpa frente a la boletería. Estoy pronta para mi número y ayudo a cambiar a mis hermanos. Silvia es una deliciosa muñeca con su trajecito de raso y los largos bucles cobrizos. La apuro nerviosamente y de pronto, dificultando aún más mi tarea, se apaga la luz. Es un accidente que se produce con frecuencia en el circo. El público de la grada se impaciente, grita, silba, jalea un pan francés. Un resplandor me tranquiliza, pero enseguida me sorprende un ir y venir afanoso y el grito angustioso del capataz:

—¡Agua! ¡Agua! ¡Pronto, por favor...!

En la oscuridad, corren figuras desconocidas hacia las casas próximas y regresan portando baldes de agua que arrojan sobre la lona y la madera de las que se apoderaron las llamas. Y crecen. Brillan a su rojo resplandor, con nueva belleza, las mostacillas de un traje de clown. Devoran sin piedad nada más que un circo. El público colabora ordenando y obedeciendo. En este momento pienso que el fuego nos igualó. Pero una vez que el incendio ha cesado, es más visible la ironía de la distancia: ellos han pagado y asisten ahora a un espectáculo inesperado: al de hombres, mujeres y niños en medio de un círculo ennegrecido y caliente, del que no saben cómo salir, vestidos con sus ropas absurdas, como prontos para festejar esa grotesca carnestolenda.

Este también ha sido un regreso inesperado. No puedo olvidar el rostro de Cáceres. Ese como no querer admitir lo cruel de la derrota. No decía nada, miraba solamente. Pero en esa mirada había tal consternación, tan muda protesta, tan íntimo interrogante que parecía

habitar un trasmundo. Estaba en el baldío, contemplando obstinadamente las cenizas de lo que fuera su circo. Nos detuvimos indecisos; las valijas decían de la frustración. Nos miró con esa mirada y, de pronto, ocultó su cabeza en el brazo y lloró como un niño.



Y ahora vivimos en una modesta casita que Cáceres posee en Muñiz. El ha resuelto pasar una temporada con familiares del campo. Lo necesita.

Berto viene a vernos. El frío de la calle entra con él. Lo observo curiosamente, desesperando hallar en él aquel chicuelo de mi infancia. Berto y el trapecio igual, rítmico. Berto y el vagabundeo campesino. ¿Y dónde está ahora? No adivina el mundo atormentado que me ronda mientras lo escucho. Habla con afectación, nos tolera con desdeñosa complacencia y en cuanto puede huye de nosotros. Si hay dinero, lo recoge; para eso somos su familia, y vuelve a los tíos comprensivos que le admiran su inteligencia y sentido común. Recuerdo obstinadamente a la chiquilla que me hablaba con su disfraz de tirolesa.





Trabajamos en un circo que actúa en Avellaneda. Para llegar, atravesamos la ciudad. Mamá prepara ceñidas valijas con ropas de trabajo y frugales comidas. Y así vamos en trenes y colectivos colmados de una humanidad que se une por codazos y pisotones.

En los camarines de lona pasamos las largas horas hasta el regreso. Algunas veces la obra es muy larga y hace que quedemos sin medios para llegar a casa. Como esta noche. Son casi las dos de la madrugada. El primer tren sale a las cinco. Eduardito duerme en los brazos de papá. Silvia apoya su cabeza en la falda de mi madre; oculta las largas piernas bajo la breve pollera que no alcanza a cubrirlas. Acurrucada en la punta de un banco, con las manos metidas entre las mangas de mi abrigo, intento vencer el frío que se siente en la estación Retiro. Frío y hambre hacen estragos en mi estómago. Papá me mira compasivo mientras pasea suavemente sus dedos por las mejillas de mi hermano.

Por fin recobra el andén su vibración vital. Subimos al tren poblado de hombres con overol, de impecables empleados; de modestas muchachas con el rostro fresco y descansado, en contraste con el que ofrece mi madre. Desencajada su cara, con restos del afeite nocturno, aiado, de un color ocre intenso que hace más evidente debajo de su máscara grotesca el cansancio de su gesto y el hueco azul de sus ojeras.

Pasamos casi un año viviendo de esta forma. Trabajando cada día en un lugar distinto. Haciendo "bolos", que a veces no se pagan, o actuando por cuenta nuestra en clubes donde se anuncia la consabida frase: **Esta noche función y baile.** Inexplicablemente los circos no tienen trabajo para nosotros. Todos tienen formado su elenco.

Estamos prontos para salir rumbo a un club, cuando llaman. Regreso con dos hombres. Uno alto, escuálido, con una cara donde la estupidez parece estar de fiesta. El otro más joven y guapo, de rostro inteligente. Y ambos vestidos con ropas viejas y desaliñadas. Después de las presentaciones y una breve charla, me entero que son dueño y representante, respectivamente, de un circo en gira. Jamás los hemos oído nombrar. El uno es chileno; el otro madrileño. Páez deja que Quintana trate de convencernos con su desbordante gracejo español. Aunque lo que vemos no ofrece ninguna garantía, mi padre acepta. Ultiman detalles y se fija la partida para dentro de pocos días.

—¿Crees que ésta es la mejor salida? —pregunta mamá, una vez que se hubieron ido—. Tengo miedo de salir con gente que no conocemos y... que no acaban de darme un poco de seguridad.

—Será una manera de trabajar. Esta situación no puede prolongarse. Estamos agotados, y es más lo que andamos y gastamos que el producto de nuestro esfuerzo. Allá, bien o mal, trabajaremos todos los días. Yo participo de tus temores, pero es necesario arriesgar.

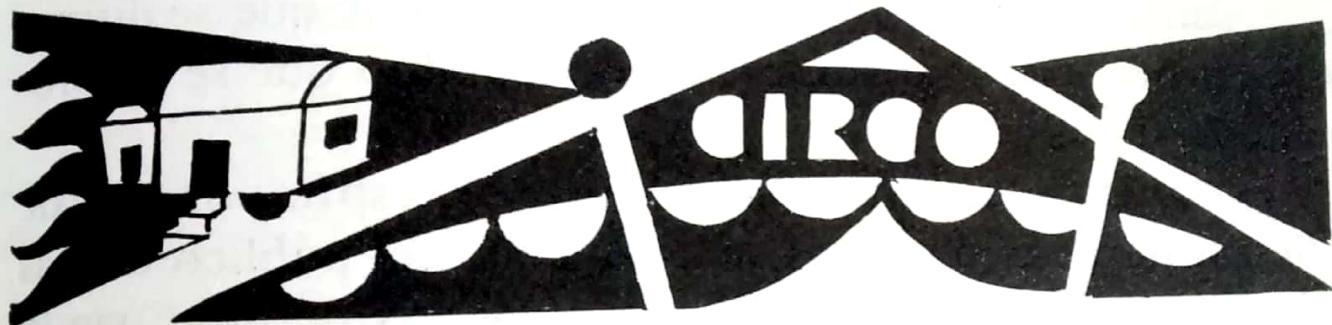
Y aquí tenemos de regreso a Quintana, con total puntualidad. Cuando partimos, cuando arranca desde Liniers el ómnibus que nos conducirá a destino, se sienta con nosotros. Está cansado y satisfecho. Lo miro. Choca su

despreocupada actitud con la distinción de su porte, de su charla.

Hay como una sombra en sus ojos verdes. ¿Qué clase de hombre es éste que se me ocurre distinto a nosotros, que somos distintos? Me ronda la pregunta. Hay una sorpresa detenida en mi mirada.

¿Qué es, quién es? ¿Cómo sabe todo eso tan lindo y que con tanta galanura refiere a papá? La pureza de su idioma, el encanto que tiene la voz española pone en mi rostro una expresión tal que Silvia me dice, chillona:

—¡Tenés cara de boba...!



Es de noche. Quintana ha quedado en Navarro con el equipaje. Páez nos espera y conduce a su casa. Es un enorme galpón detrás del circo, que se advierte pequeño y pobre.

—Mi esposa —dice, y señala a una mujer que a la luz de la lámpara se incorpora desganada. Tiene una permanente cortísima donde la brillantina, en su abundancia, se libera en finos chorros por la frente a la que se pegan unos ridículos rulos aplastados. Hasta en la mano fría y blanda que nos tiende parece haber llegado el perfumado aceite. Su rostro, de tez morena, en la que se destaca la nariz ancha, muestra una espesa capa de crema y polvos blancos donde parecen dos cuencas macabras sus ojeras pintadas con negra vaselina.

—Es un mico —pienso—, un mico metido en una bolsa de harina. —No puedo menos que imaginarla frita.

Llegamos a la vivienda que nos ha buscado Quintana. El dueño nos recibe mostrándonos los dientes —que no es una sonrisa—, y “con una piedra en cada mano” nos exige el pago adelantado. Parece que nuestros empresarios no hacen gala de solvencia.

El circo no aumenta el optimismo. Sin pintura, lleno de remiendos donde la lona lo permite. Desentonan allí nuestras ropas de trabajo. Los elegantes vestidos de mamá que ella confecciona a mano, con poco dinero y mucho gusto.

Quintana hace un excelente apuntador que se distrae de pronto como sorprendido del cambio que se ha producido en el circo.

Esperando la hora de mi número, espío por uno de los numerosos agujeros la afluencia del público de Las Marianas. Oigo unos pasos suaves detrás de mí. Cuando miro, me ahoga el asombro. Aquí está la mujer de Páez, preparada para salir a la pista para hacer su trabajo en el alambre: con una vincha puesta casi encima de las cejas, cubiertas sus piernas con una zurcida y antigua malla blanca, el pollerín arcaico, con ondas que comienzan en las caderas y acaban en los tobillos. Tiene un aire triste, de museo, de postal descolorida de esas que hemos visto alguna vez en el álbum de recuerdos de un viejo cirquero.

Me humillan las risotadas con que el público recibe su presencia en la pista y la burla ante la inseguridad de su trabajo y sus frecuentes caídas.

Ahora me toca a mí enfrentarme con ellos. Mi saludo habitual tiene mucho de timidez y algo de rabia, todo lo cual puede confundirse con desprecio. Una expectante

atención, un movimiento de interés, un inesperado batir de palmas me devuelven la tranquilidad. Termino de actuar convencida de que ese público es tan bueno como otro, y como otro sabe también lo que paga y lo que quiere.

Seguida de aplausos atravieso la cortina, y otra vez me enfrento con la dueña del circo. Guitarra en mano, con un soireé que debe haber heredado de la abuela, sale a la pista para hacer lo que llama pomposamente su "número de canto". Y oigo nuevamente las risas. Imperturbable, serena, ella comienza a rasguear sin ton ni son la guitarra, que parece gemir bajo sus manos, y canta con estridente voz y enorme seriedad:

*¡Cómo se agita la gente del Paraguay!
Una linda paraguaia
que se desmaia, que se desmaia.
Paraguaita sí, chica bonita no.
¡Cómo se agita la gente del Paraguay!
Paraguay... guay... guay...
Paraguay... guay, gua... aaa... i... i...!*

No sé si llegará a desmayarse la linda *paraguaia*, pero yo sí. Ríen Silvia y Eduardito. Papá está pálido y muere de con rabia y amargura:

—Esto es una "rascada" vergonzosa.



Quintana se siente muy a gusto con mi padre, aunque éste le reprocha a menudo:

—¿A dónde nos ha traído, amigo?

Sonríe con una sonrisa ambigua. Le gusta estar con nosotros y no se arrepiente. Hoy no ha cesado de llover y cebo mate mientras escucho a Quintana hablar de su vida, como tal vez hace mucho no lo hiciera. Porque no es fácil comprender su drama. Oyéndole, me explico muchas cosas que no entendí antes. Ha visto morir a su familia en la guerra civil de España. Ahora sé, definitivamente, qué es la rebeldía y el crimen de Lorca. Con lenguaje puro hace desfilar como ante una pantalla las narraciones dramáticas, terribles a veces, con que evoca tanto dolor. Dolor de la sangre derramada, que es la propia sangre. Lo escuchamos asombrados ante el relato de lo que parece imposible. Y allá en su amada España, donde todo puede compendiar la felicidad, quedan enterrados sus amores, su juventud feliz, su carrera tronchada. Luego, el éxodo; huir de cualquier modo, pero huir. Llegar aquí como a otro lado cualquiera, desnudos los bolsillos y el corazón. Saber de todo: "Era un proyecto de médico", dice, y no servir para nada. Nada más que para hacer, según sus palabras, "el charlatán de oficio, viviendo a salto de mata". O no viviendo, "que esto no es vivir sino morir cada día".

Lo miro con nuevo respeto. ¡Estudió medicina...! De no ser artista, ésa y no otra sería mi vocación. Tener en las manos y en la mente el poder prodigioso de curar... No viviría con la angustia de temer por papá. En mis pequeñas manos estaría su vida. Su preciosa vida.



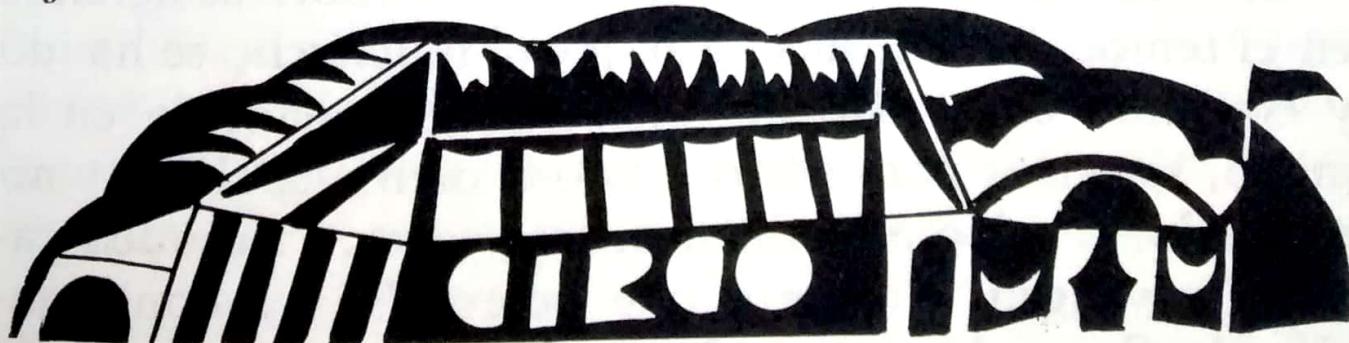
Cuando se hablaba de venir a Morse, los que sabían trataban de disuadirnos:

—Van a un fracaso derecho. Nadie ha logrado éxito allí. Es el “enterratorio” de los circos. No irá nadie. Nadie.

Pero no puede irnos peor que hasta ahora. Nadie tiene un centavo, ni el empresario. Por ahí, el pueblo resulta una sorpresa, quién sabe. Un debut, la novedad, siempre hay una esperanza.

Estamos en Nochebuena. Distinta a cuantas hemos vivido. Pero mañana, después de la función nocturna, todo habrá cambiado.

Se da puerta. Quintana en boletería. Páez en taquilla. Esperan. Esperan en vano. Lo increíble sucede: no se vende una sola localidad. Tiene un gesto de funerario ritual el apagar las luces, el bajar la carpa, el quitarse la pintura con papel *tisú*, el regresar con las ropas dobladas bajo el brazo...



Doy vueltas en el catre sin conciliar el sueño. La lámpara de querosén proyecta su luz amarillenta por el cuarto y

se reproduce en sombras enormes que se echan sobre mí. No quiero pensar, quiero dormir; y pienso. Miro sin ver las flores trepadoras que se agostan en el vaso al lado de la luz. Mientras recorriámos las afueras, Quintana las arrancó de un cerco y con un gesto indefinible las dejó en el hueco que hizo con mis manos. En ese instante me ocurrió algo extraño. Sentí que cobraba secular madurez. Y ese hombre era un niño desamparado y yo no era una muchacha, ni una mujer ni su madre: era todo aquello y su tierra, su angustia, su felicidad. Pude tomar su cabeza en mis manos y acariciarlo. Pedirle que llorara. Pero todo quedó allí, detenido en la barrera de mi timidez. Y no asomó siquiera la palabra fraterna. Sólo el silencio, ese que me lleva a mi soledad...

El monótono caer de la lluvia sobre el techo de zinc aumenta la angustia que siento. Hoy no podré sentarme a la puerta de la casa, frente al camino solitario, gozando la pequeña paz mientras leo a la sombra añosa de las casuarinas que hacen caer sobre mi cabeza su prodigiosa lluvia verde. Me adormezco levemente cuando comienza a aclarar, con un resplandor opaco de humo gris. Despierto sobresaltada con un grito:

—¡Correooo...!

El corazón me da un vuelco y un nombre se agranda en el temor: Berto. Hace rato que el muchacho se ha ido y continúo en el frío corredor con el telegrama en la mano, sin valor para abrirlo. Leo el mensaje, al fin, y no entiendo. Vuelvo a leerlo dos, tres veces: "Busquen camión y vengan. Adelanto que quieran", y a continuación la firma de uno de los empresarios de circo más prestigiosos del país. Estoy aturdida. Es que aquí, en este instante, acabo de asistir a un auténtico milagro.



Ayer amaneció limpio y soleado y hoy salimos de madrugada rumbo a la esperanza, con el camión cuyo dueño cobrará al llegar a destino. Sólo Quintana nos despiede. De mí lo hace con un libro que lo acompañaba, y al estrecharme la mano aventura una tímida caricia sobre mis cabellos. Y una sola palabra entrecortada le ciñe la voz:

—Gracias.

—¡Cómo me gustaría ir con ustedes! —le ha dicho a mi padre, pero sabe que es imposible. No es artista, sólo un hombre castigado por la vida. Y debe continuar allí, supliendo dinero con elocuencia.

—Pero volveremos a vernos. . . —asegura, y ya no agrega otra cosa.

Debe pasar un largo rato hasta que se desdibuje totalmente su figura simbólicamente solitaria, y aún así queda agitándose en mis recuerdos: la mano en alto, la mirada sombría y el rebelde mechón de pelo rubio sobre la frente nublada. Y es una nube en nuestro cielo. Pero nos sentimos demasiado felices para perdurar en la memoria; la felicidad es particularmente egoísta y deseamos alejar cuanto antes el recuerdo de tantas horas amargas.

En medio de la algarabía demoramos en advertir que el camión se ha detenido.

—¿Pasa algo? —pregunta a gritos papá, mientras el conductor desciende con gesto de contrariedad.

—Parece que sí. Examina el motor, profunda y cariñosamente, con la delicadeza del médico hacia el enfermo. El camino ha exigido mucho a la máquina. —Sin el auxilio de un taller, no podré hacer nada —agrega.

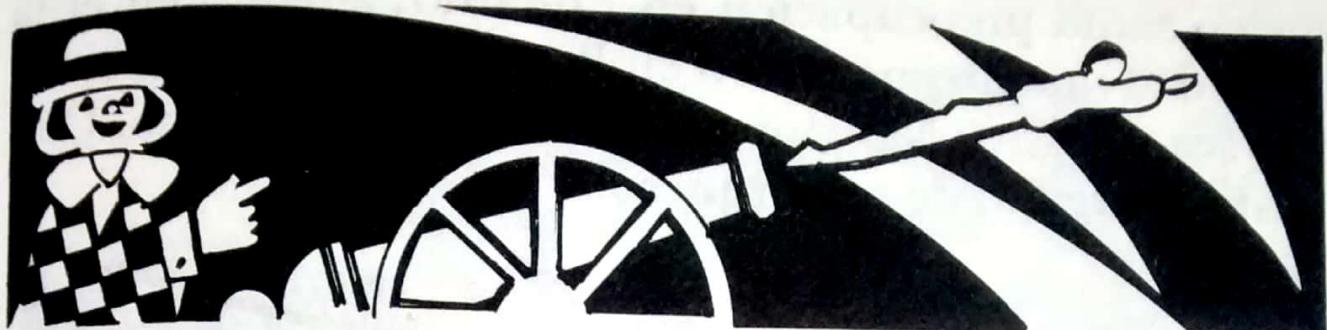
Estamos en medio del campo. A cierta distancia se ve un pequeño monte de compacta arboleda. Una chacra, sin duda. Pasa un *charret* cuyo conductor se presta sin vacilaciones para llevar al muchacho hasta la población más cercana. La resolana nos hiere en la piel. Tenemos sed. Vamos hacia la prometedora frescura de los árboles. Dos perros enormes torean furiosos. Ahuyentándolos asoma una muchacha lozana, que naturalmente nos hace pasar al corredor fresco y umbrío:

—¡Pero, pasen, no faltaba más; vean cómo están de acalorados!

La hospitalidad criolla, ese indiscutido emblema del gaucho bien nacido, desborda ante nosotros con su vertiente de agua cristalina. Y nos sumamos a la mesa grande, limpia. Y hacemos honor a cuanto nos ofrecen. Estamos como en casa. Pero el chofer ha regresado y debemos retomar el camino. Estoy pesarosa de irme. Todo ha sido grato, natural, tranquilo, como desde siempre.

La chica de la casa se deleita peinando los bucles de Silvia y me alcanza un pote de crema, para que pueda calmar, entretanto, los ardores de mi piel. La proximidad de la partida, acaso por el contraste con lo que acabamos de dejar, me resulta triste. Una semana, un mes... toda la vida aquí, ¡qué bueno!

Nos vamos como si fuésemos viejos amigos, sin saber el lugar ni el nombre de esta gente hermosa. Nos vamos ignorándolo, pero sabiendo que no habremos de olvidarlos nunca.



Nadie nos espera en Lincoln, y no es extraño puesto que nosotros mismos ignorábamos el momento de la llegada. Pero pronto nos comunicamos con don Ernesto Castro, el dueño del circo. Desciende, con natural elegancia, de un lujoso automóvil. Lo miro y sigo mirándolo. Hago comparaciones absurdas, risibles. Son como mascarones de proa, Páez y su mujer. Castro es un hombre distinguido, algo arrogante, viste con sobriedad y en su rostro, decididamente atractivo, el cuidado disimula hábilmente el paso del tiempo.

Cuando llegamos a la función comprobamos que todos visten con buen gusto, y ya no me parecen tan bonitos los trajes que hace mamá. Don Ernesto parece querer llevarnos de sorpresa en sorpresa. Además de ser un excelente artista de primera parte —barras fijas, trapecio—, es un actor de condiciones poco comunes. Enamorado de su trabajo, dedica al escenario especial atención.

Me gusta la elección del repertorio alejado de los métodos habituales y arcaicos. Los vestidos bonitos crecen en mi guardarropas, lo que motiva el frecuente enojo de Silvia, quien me preocupa. Es díscola y pretensiosa, y aunque he aprendido a tolerar lo que atribuyo a “gracias

de una niña mimada”, me apena ver cuando papá palidece a cada una de sus rebeldías, que a veces son impertinencias. En eso se parece a Berto que escribe para recordar su mensualidad, cada vez mayor. Quizá por eso vuelvo tanta preocupación en Eduardo; adivino en él la identidad que no encuentro en Berto ni en Silvia. Quiero que sea nuestro. Nuestro para la familia y el circo. Que sienta el orgullo de ser cirquero.



Estoy andando una calle de Bragado, otra ciudad nueva. También aquí soy una forastera distinta a las forasteras. Igual que en todos lados, oigo: “La muchacha del circo”. Una muchacha sin nombre ni rostro, que fue otra ayer y será distinta mañana.

Voy al correo; llevo una encomienda para Berto a quien no vemos desde hace un año, ya que con don Ernesto no existen problemas de época. Estamos cómodos y felices, pero sentimos nostalgia de Buenos Aires: recorrer sus calles, admirar escaparates, ver los estrenos teatrales, gozar todo sin sentir la amenaza de la miseria. Ir para dar a Berto un beso grande y volver a esta casa, donde hemos hallado algo que se parece mucho a la felicidad.

En el correo dos chicas que esperan su turno, murmurran:

—¡Es la del circo!

—Sí, yo la vi el domingo.

Me voy corriendo, lo antes posible. Temo que me desmenucen, diseccionen mis vestidos, mi presencia toda desde la cabellera revuelta hasta los tacos gastados hacia afuera. Y cuando no les baste, procuren hurgar mis vísceras para descubrir lo que no existe. Y dejen sin ver lo que vive y duele.



Hace muchos años nadie podía sospechar que había de transformarme en la muchacha tímida que soy ahora. Era un circo grande, con techo de zinc a dos aguas. De los viejos circos politeamas con palcos altos y el confort de los primeros teatros porteños. Un alemán gordo y colorado era el empresario que, además del circo, tenía siete hijas bellas nacidas en el circo. Volaba mi infantil imaginación cuando las veía sonrientes —casi mágicas, para mí— recibir el aplauso y la admiración del público. Nada deseaba tanto como llegar a ser igual a ellas, lucir sus trajes llenos de pedrerías, sus movimientos de danzarinas, las distintas habilidades que habían adquirido con el ensayo y la rigidez del padre.

Fue en Sarandí. El circo se colmaba noche a noche de un público consecuente, seguidor. Gente que hacía entonces del artista de circo su ídolo favorito. La barriada dejaba la dura labor cotidiana para enfrentarse con la ilusión.

Una noche, después de un intervalo, al levantarse el telón que daría comienzo a la segunda parte, el público grita:

—¡La Menita! ¡La Menita!

Lo que dicen no llega con suficiente nitidez al escenario y los actores se turban, no pueden superar el bache ante lo inesperado del criterio, que ellos suponen jaleo. Es apenas un minuto que sobre el escenario cobra eternidad. Pronto recobra la platea su actitud habitual y sigue con auténtico interés la pieza que se representa. Al término de la función se comenta nerviosamente el hecho, que no entienden.

En la noche siguiente todo es normal. Se desarrolla sin inconvenientes la primera parte de un drama criollo.



Mis padres van a cambiar sus ropas para el acto siguiente. Hasta su camerín llega nítidamente el sonido de risas y aplausos. Corren a la cortina, donde también han corrido otros compañeros y un empresario furioso, y pali-decen ante el espectáculo fuera de programa: en medio de la pista estoy yo, con total desparpajo, ofreciendo una extraña mezcla de contorsiones, baile clásico y vuelta-carnero, que es todo mi caudal artístico con el que espero emular a las siete maravillosas muchachas. El público me arroja chocolatines y caramelos y celebra con entusiasmo la absoluta tranquilidad con que, luego, cargadas las faldas y sentada en la primera fila, consumo mi cosecha. Un alemán, más rojo que de costumbre, se aparta de mi lado cuando mis padres suavemente me llevan de una oreja para encerrarme en el camerín.



La Menita. . . Siento casi palpable la emoción del recuerdo en el diminutivo de nuestro apellido, y envuelvo a mi padre en una mirada de ternura. Que le llega, porque se vuelve de pronto y me dice con una sonrisa:

—Por si no sabés, quería decirte que sos una buena chica y te quiero mucho.

Sólo lo miro. Quedo mirándolo mientras se aleja. Me deja antes una caricia en la mejilla. Se aleja con su sonrisa, con su fina silueta envuelta en el smoking negro y blanca pechera almidonada.



Va a entrar la banda. Artistas y peones cierran las libreas listos para hacer barrera. Tras la cortina, un ir y venir atropellado preparando elementos de trabajo: una mesita niquelada con pelotas de tenis, raquetas y clavas forradas en brillante verde y plata, para el número de malabares; un grueso rollo de alambre y, sobre una silla enfundada en raso, la primorosa sombrilla con la que Silvia mantendrá el equilibrio en el fill de fer. Sonia, pronta para su número de volteo, da de comer azúcar en la palma de la mano a Estrella, su hermoso caballo blanco,

que parece agradecerle con sus grandes ojos mansos. Y Sonia, hija de don Ernesto, con la mano en vuelo de paloma es, de los pies a la cabeza, una perfumada nube de tul rosa.

El padre da severas órdenes. Parecen un mentís a su absurda vestimenta: traje enorme a cuadros chillones, zapatones inverosímiles, peluca hirsuta color zanahoria y el colorinche de su cara donde se destaca el carmín brillante de una boca sin par. Toda la imagen de la alegría del tony Canuto.

Llevo cerca de mi trapecio la caja de resina y en el camino la voz de Silvia se eleva airada reclamando mi presencia; es que pelea con Eduardo. Los encuentro como gallitos, alta la cresta, el plumaje encrespado:

—¡Basta, caramba! La banda está al final de la sinfonía y ustedes todavía sin arreglar.

Silvia rezonga mientras se echa polvos en la nariz. Eduardo, en un descuido, le tira del pelo, Silvia chilla. Es un chillido agudo que me atraviesa la frente, los ojos, los oídos...



Es un chillido que se eleva sobre el repentino silencio del circo, que se quiebra en voces anhelantes y pasos que golpean levemente sobre el piso de tierra y aserrín.

—¡Despacio!

—Vean si hay un médico en el público.

Salgo a medio vestir. Lo intento, porque me detengo

de pronto, con las manos sobre la cortina de lona, apretadas como mi pecho. Ellos llegan, levantan la cortina.

—¡Papá! —y es una pregunta, un llanto, un alarido.

—No te asistes —dice alguien piadosamente.

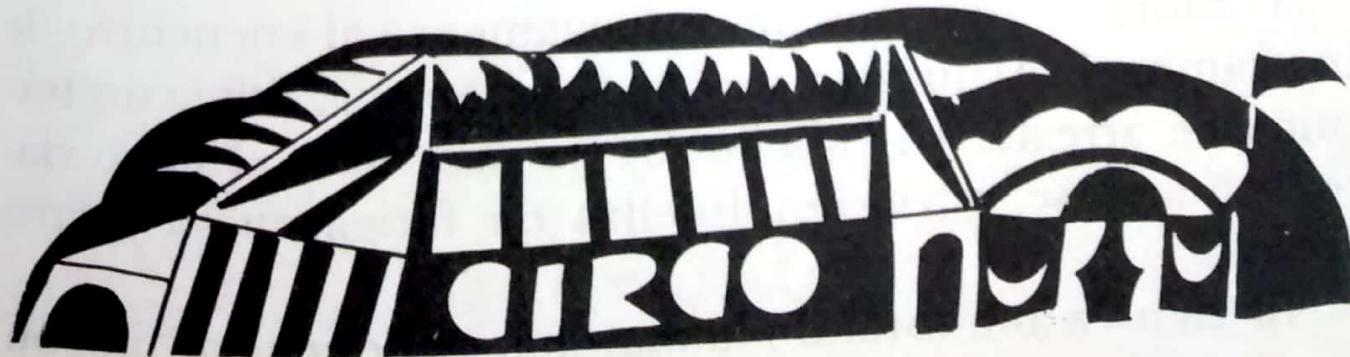
Siento los ojos extrañamente secos y ardientes. Abre los suyos pesadamente y su mano busca la mía. Tiembla en mis piernas su respiración ansiosa. Mis manos corren ahora por su pelo oscuro. Nos rodea un silencio helado, respetuoso. Me parecen de piedra esos rostros consternados. Me acomete, de pronto, el deseo de preguntarle:

—¿Verdad que no te vas a morir?

Necesito que me responda, que me diga que no. Sobre mi espalda agobiada caen las cabezas llorosas de Silvia y Eduardito...

—¡Por aquí, doctor! ¡Pase!

Me aparto con suavidad. La cabeza de mi padre cae hacia un costado. No comprendo. En los rostros de piedra hay ahora cincelado un gesto, un horrible gesto de piedad. El médico no hace nada, no habla. Lo miro. Baja la cabeza con un casi imperceptible vaivén negativo. Y caigo de rodillas sobre la tierra, y siento la explosión del corazón y del cerebro. Y grito, al fin. Y me hundo en la oscuridad de ese grito como en el abismo de mi propia muerte.



Hasta en los dientes tenemos tierra del viaje que va llegando al final. Revolvemos las maletas, buscamos peines, toallas, jabón.

—A mí primero —exige, más que pide, Silvia. Tiene algo de maternal el gesto con que la miro. Es hermosa. Sorprendo en mi madre idéntica expresión. Ese amor es para ella el arma más poderosa, aunque si la inconfesada preferencia de mamá es ella, la mía es Eduardo. Asombrosamente parecido a papá. ¡Si él pudiera verlo ahora, casi un hombre!



Tuvimos que dejar el circo de don Ernesto para enterrar recuerdos. Era difícil permanecer allí donde todo nos hablaba de la dicha perdida.

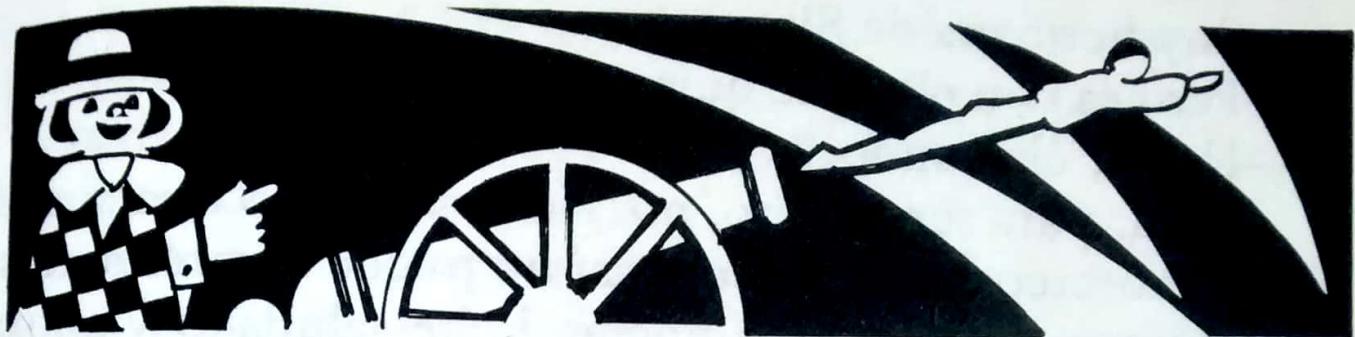
Volvimos a Buenos Aires y allí estuvieron Del Valle, don Antonio, Estrada y muchos otros que debían a mi padre el recuerdo de su íntegra amistad.

Yo arrastraba apenas una voluntad deshecha. Pero estaba mi madre y por ella era preciso ser valiente. Berto, con su espaciada presencia, la envolvía en rayos de alegría. Pero era un extraño para nosotros.

Y ahora el tren nos lleva nuevamente al encuentro de los caminos. A nuestra suerte de gitanería. Silvia no termina de arreglar su cabello; no la desanima el largo viaje. Apenas se advierten huellas de fatiga en su rostro fresco.

El tren va aminorando la marcha, se detiene al fin con

un resoplido de caballo cansado. Lo primero que vemos es el nombre del pueblo, lindante con La Pampa: Roberts. Allí nos espera Ramos, el director, Vera, esposa del dueño, un hombre delgado y pálido que nos presentan como Soler y es el galán de la compañía.



Decididamente, no estoy a gusto aquí. Aunque se trabaja bien, hay cosas que me molestan. La más importante, es el descarado coqueteo de Silvia con Soler, padre de tres hijos, unido a una simple mujer que le ha seguido desde un pueblo catamarqueño. La otra, es la flamante avidez de Vera por el trabajo de escena. Ella es una estupenda artista peruana de primera parte, pero de pronto ha descubierto la magia del escenario y olvida, el respeto profesional.

Un nuevo pueblo nos recibe. Lo acepto con la indiferencia de lo que debe concluir. Desde el circo colmado oigo las exclamaciones que provoca Silvia con su presencia en la pista. No son románticas por cierto. Pero es realmente hermosa, con una hermosura sensual, agresiva. Termina entre aplausos y silbidos de admiración; esto la hace feliz. Cuando llega al camarín la noto febril. Tiene frío, y acompañada de Eduardo vuelve a casa.

Falta muy poco para que se levante el telón, cuando alguien pronuncia su nombre.

—Silvia se ha retirado —contesto al peón que llama.

—Ah, señorita Mónica, este señor desea hablar con

ella. Me asomo, portando con dificultad el miriñaque de mi traje de época. Miro al hombre con curiosidad. Estoy frente a sus anchas espaldas, y al oírme se vuelve con palpable desencanto:

—Debe haber un error.

—Soy hermana de Silvia.

—Pero es con ella que quiero hablar.

—Usted, ¿la conoce?

—Verá, para ser sincero, no. No he hablado nunca con ella, pero creo que una cosa así no puede sorprenderles. La he visto antes de esta noche, la he saludado y ahora quería... felicitarla —parece molestarle al fin este interrogatorio que le ha hecho perder su inicial aplomo, y termina casi agresivo—, invitarla a salir...

—Comprendo y créame que lo siento, señor. Pero estamos únicamente para trabajar, y como para eso se nos paga..., ¡buenas noches, señor...!

No me muevo de mi lugar. El muchacho azorado, rojo, casi da lástima. Ensaya por fin una torpe disculpa y se va. Entonces, me vuelvo. Los bucles postizos hacen cosquillas en mi espalda.



Nunca hubo tanta gente en una función, como ahora frente a la iglesia. Cuesta abrirse paso entre dos compactas hileras de personas que llenan de comentarios y codazos el camino. Del brazo de Eduardo entro al templo.

El órgano hace más efectista la *misce-en scéne*. Sobre

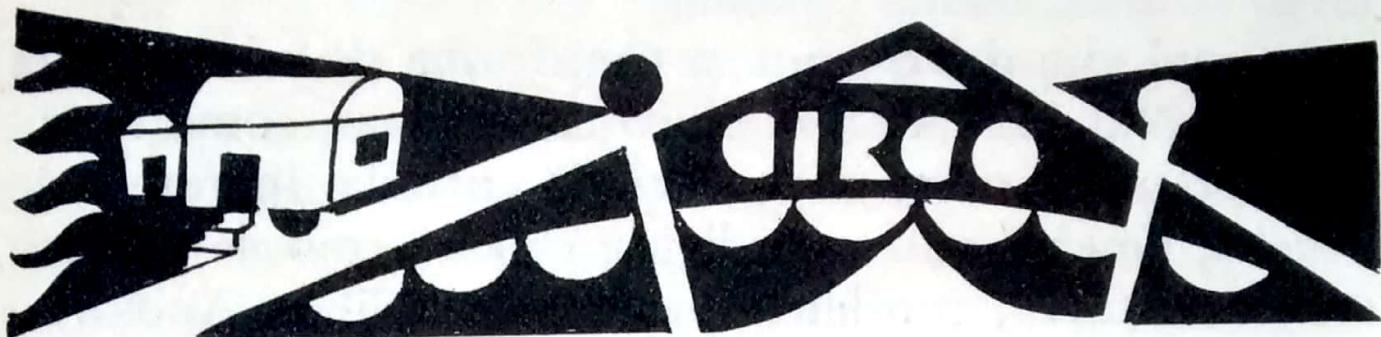
la multitud una mano que se agita pertenece a Vera. Debajo de un absurdo sombrero con plumas está la mujer de Soler. Están todos. Hasta los más chicos. No falta ninguno. Y es como siempre. El público afuera; aquí, nosotros. No hay más que levantar el telón. De lateral, igual que en las obras, siguen apareciendo los personajes. Ahora es mi madre, nunca más bonita, elegantemente vestida de negro. Y aquí el debutante: de su brazo, un joven alto, de anchas espaldas.

La melodía del órgano se transforma de pronto en la Marcha Nupcial. A su conjuro las cabezas, como movidas por un resorte, giran hacia la entrada. Increíble de belleza, emergiendo su ardiente cabello rojo de la blancaura del atavío, con lento paso, avanza Silvia. Apoya levemente la mano en el brazo de un hombre rubicundo, satisfecho y desconocido que, después del rito, será algo así como su “padre político”. Todo esto tan repentino, parece un sueño. Jorge, el futuro esposo, la aguarda con emoción. Recuerdo sus palabras: “Silvia me flechó de entrada, pero la veía como siempre los de afuera vemos a los del circo. No te ofendas. Resolví casarme con ella en el mismo momento en que me sacaste con cajas destempladas.”

No puedo menos que sonreir ante el recuerdo de las palabras de este buen mozote, maravillado ante el juguete que le ofreció el destino. Un juguete caro. Pero él es bueno, rico y está enamorado. Vuelvo a concentrar mi atención en la ceremonia. Con un sí sin vacilaciones Silvia se convierte en la esposa de un estanciero. Como “chica del circo” ha hecho una buena carrera. Se ha repetido en ella el cuento de Cenicienta. Silvia no ha dicho si ama al príncipe. En el breve noviazgo sólo hubo

una fiebre de comprar, de lucir, de dar lugar a la envidia. El amor corre por cuenta de él.

Salen los novios. La gente se apretuja para verlos. Todos se abalanzan a saludarlo, a besar a Silvia. Detrás mi madre, llorosa. Contenta y llorosa. En la puerta, mi mirada se pierde en la noche campesina llena de luciérnagas. Como si Silvia, con su pollerín de lentejuelas, nos diera la despedida.



La fiesta es en un salón del pueblo. Me rodean rostros extraños. "Parientes" de Silvia. Gente que veo por primera y última vez. Me aturden las risas huecas, me arrinconan las preguntas indiscretas, la curiosidad sin disimulo. Soy otra vez una chica alta y flaca, con un moño de organdí en actitud de vuelo. Me retrairo, como una adolescente. Ahora estoy yo en la platea; veo farsa y ridiculez, farsa en los besos de Vera, en los elogios de una muchacha que ha sido desplazada por Silvia. Ridiculez en ese sombrero que la mujer de Soler no quiere quitarse, en las solteronas tías de Jorge, con más bigotes que Eduardo.

Busco el rayo de amor en los ojos de mi hermana en respuesta a Jorge, pero ella mira absorta hacia otro lado; me asusto, pienso en Soler. No. Silvia sonríe a lo que más ama en la vida: a su propia imagen reproducida en un alto espejo del salón. Jorge mira a Silvia. Y mamá. Busco a Eduardo y él está prendido del prodigo de la

belleza de su hermana. Siento un infantil abandono. Alguien se pone a mi lado. No dudo de su presencia física. Entonces oigo que me dice:

—No lo pienses. No estás sola. ¿Te habías olvidado de mí? No estás sola, no estás sola.

No me vuelvo a mirar. Pero estoy segura que está con su ancha sonrisa blanca y, mejor que siempre, luce esta noche su impecable smoking negro.



Nunca en nuestra vida circense, plena de alternativas curiosas, se nos había hecho una proposición así. Pero después del casamiento de Silvia decidimos dejar el circo de Vera y consideramos la nueva aventura. Ningún circo había intentado antes hacer una gira por las islas del Delta. Para decidirnos del todo bastó saber que Estrada era el bisoño empresario. Un pequeño premio a la lucha de tantos años.

Así es cómo nos hallamos prontos a debutar en Dique Luján. El circo es pequeño, sin pretensiones. Pero se manifiesta el amor puesto por Estrada en esto tan suyo, ganado duramente gajo a gajo de la carpa, con su compañera, quejosa siempre, más gorda y vieja. Soy feliz en esta selva de naranjos y manzanos.

Hasta que arman, nada turba la paz casi virgen de estos lugares. De a ratos suena el martillo que con su labor menuda y monocorde va fabricando el sueño de un escenario y la torpe comodidad del “gallinero”.

Todo parece nuevo, distinto, en este extraño debut

junto a las aguas. Estrada y su mujer andan inquietos, anhelantes. En medio de tanta nerviosidad, inexplicablemente advierto que ella lleva un alfiler sobre la costura descosida de un antiguo vestido de terciopelo. Igual que antes. ¿Antes? ¿Cuándo fue antes? Aquí está Estrada con la misma librea azul, llena de alamares y botones dorados, rígido y nervioso, con el empaque de un garrijo militar. Esther con el mismo vestido de terciopelo negro y acaso el mismo alfiler. Yo, pronta para el trapecio. ¿En qué lugar del tiempo estuvo este instante? Yo viví el desagrado de una voz chillona y quejosa que repite:

—Si no me hubiera casado con vos... Vean que comprar un circo para traerme por estos mundos de Dios, donde ni los peces saldrán para vernos. ¿En qué estaría pensando...?

El público llega, como para acallar la letanía. Se ubica entre risas y saludos en voz alta, de lado a lado del circo. Seres en los que se adivina la serena superficie del agua y la brillante pureza de los verdes naranjales. Los números se suceden entre un júbilo renovado. Dentro del circo no queda un solo espacio libre.

Laura, una muchacha menuda, que hace número de dental, apenas flojo, comenta que nunca hizo tan buena venta de postales. Para ese público intocado, la postal es una adquisición preciosa que ha de agregar mañana al conjunto de fotografías familiares que ocupan el contorno de un espejo.

A través de la precaria división del camarín me llega el sonido de las monedas que ella cuenta, separándolas por tamaño. Nunca entendí que alguien pudiera hacerlo. Siempre me pareció que la venta de ese *recuerdo* era una forma de mendicidad. Pero ella me confiesa que así,

moneda a moneda, piensa tener su propio circo:

—Ya tenemos algo. Yo estaba allá, en mi pueblo, soñando con tantas cosas imposibles... Un día vino él. El último de los artistas del circo. Lo quiero, lo quiero mucho. A él le debo ser artista. No, si ya sé que no soy una buena artista. Pero un día tendré mi propio circo y haré las obras que me gustan...

Me acuerdo de Vera. Y me voy del camarín, porque siempre me produjo malestar el ruido de las monedas ganadas con la venta de postales.

Los aplausos me siguen mientras bajo la escalerilla de soga. En la puerta, igual que hace tiempo, Estrada controla la taquilla. Y oigo una voz que me alienta y me dice que todo estuvo bien.



La lancha nos conduce ahora hacia el río Carabelas. Es cuando nos internamos realmente en las islas. En la plenitud de su maravilla vegetal. Descendemos en un muelle sólido. Eduardo, como prestidigitador, dice:

—Agua por aquí, agua por allá...

Una escalera enclenque conduce hacia la puerta abierta de par en par de un almacén de campo, de esos que he visto en muchas giras y me parecían del tiempo de Santos Vega. Adentro nos recibe un olor cálido, mezcla de cereales, vino y fiambres. Atiborrados los estantes de los más antojadizos objetos: tiradores, libros, remedios. Un largo mostrador donde, en un costado, se expenden bebidas alcohólicas.

Los parroquianos nos miran con curiosidad; uno, de crecida barba, lo hace con un solo ojo. El otro, si lo tiene, se esconde detrás de la requintada gorra mugrienta. Varios muchachos jóvenes atienden con celeridad a ese público dispar. Mientras el de la gorra apura de un trago la reiterada copa de aguardiente, el que le ha servido corre a proveer de nafta a una lancha y otro pesa un kilo de azúcar que apenas suma ochocientos gramos en la balanza. Al hacerlo, como sintiéndose observado, me mira y se encuentra con mi mirada zumbona. Laura le sonríe dulcemente. El muchacho, después de haberse sentido humillado por mí, se prende a esa sonrisa. Es casi un niño. El cabello suave y rubio forma ondas sobre la frente despejada. Le tiemblan las manos ahora que su cliente le ha pedido "un pedazo así más o menos de dulce de membrillo". El cuchillo de punta proyecta un zig-zag nervioso. Al alejarme, alcanzo a oír a Laura, diciendo:

—¿Sabe por qué lo miro? Porque es parecido a un hermano mío...

Y recuerdo que me dijo ser hija única.



Encontramos alojamiento allí mismo. Habitaciones de madera, confortables, gratas, limpias.

Con una linterna, cruzando riachos, nos abrimos paso hasta llegar al circo. La banda desgrana desarticuladas notas que parecen hundirse en el lecho del río, para

emergir luego como murmullos cristalinos. Al llegar, me enfrento con el alegre espectáculo que se me ofrece. Luces, muchas luces meciéndose suavemente sobre el agua. Botes, canoas, lanchas... Es como un vaivén de enormes luciérnagas amarradas a la música barullera. Resulta estrecho el río para contenerlas. Forman un racimo que se deshace a lo largo en sueltos granos.

Ya los niños saltan en la pista, se sientan al borde del picadero y ensucian el primoroso esfuerzo de la madre hecho de azul y almidón. Para esta gente nada urge. Todo es simple: un amanecer de sol y una noche estrellada. En la tablilla hay una carta para mamá escrita por la mano nerviosa de Silvia. Cuando entro al camerín, le digo:

—Adiviná que traigo.

Su respuesta, llena de ansiedad, es afirmación y pregunta:

—¡Carta de Silvia!

—Oh, no vale, estuviste espiando, tramposa.

Ríe y abre el sobre con impaciencia. El camerín se llena de un perfume conocido. Sin cerrar los ojos, veo a Silvia. Está aquí, con su cabello rojo, desparramando polvos, peleando con Eduardo. Con su charla intrascendente, su cara de muñeca, su falda breve y estrecha. Está con nosotros, diciendo: "Siempre supe que iba a ser feliz, pero esta realidad supera todo. Jorge me quiere cada vez más, si es posible. Voy a ser madre, también."

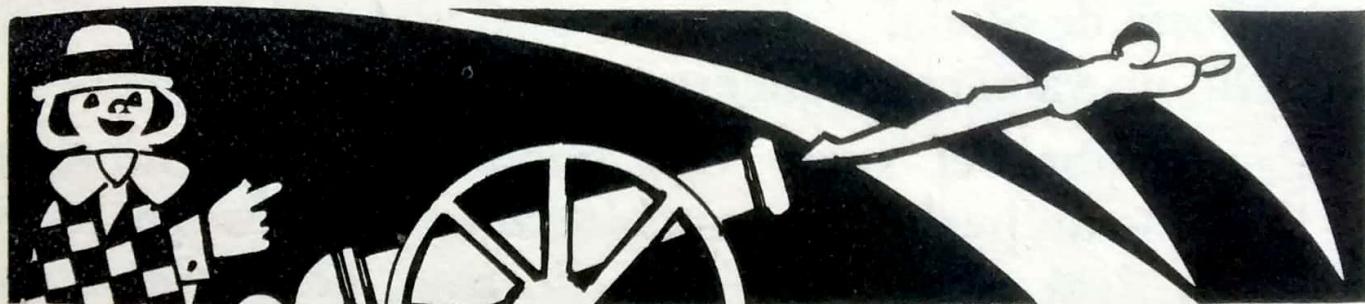
—¿Oís, Mónica? Mi niña, mi pequeña Silvia...

Silvia va a ser madre. Absurdo. Absurdo y maravilloso: "...y quiero que estés conmigo, con vos no tendrá miedo. Es lo único que me falta para tener el cie-

lo". "Quiero que estés conmigo....". "Quiero que estés conmigo....". "Quiero....". De pronto vuelvo a sentir mi oprimente soledad.



¿Qué tiene de hondamente sombría la mirada de Rossi? La sorprendo cuando Laura, ceñida con un pantalón negro, sube al bote donde Rodolfo, el muchacho del negocio, la espera. La corriente los arrastra, y lo festejan con grandes carcajadas. Por fin la canoa se aleja lentamente, como una hoja deslizándose por un espejo. Con las manos en los bolsillos, Rossi dirige lentamente sus pasos hacia el circo.

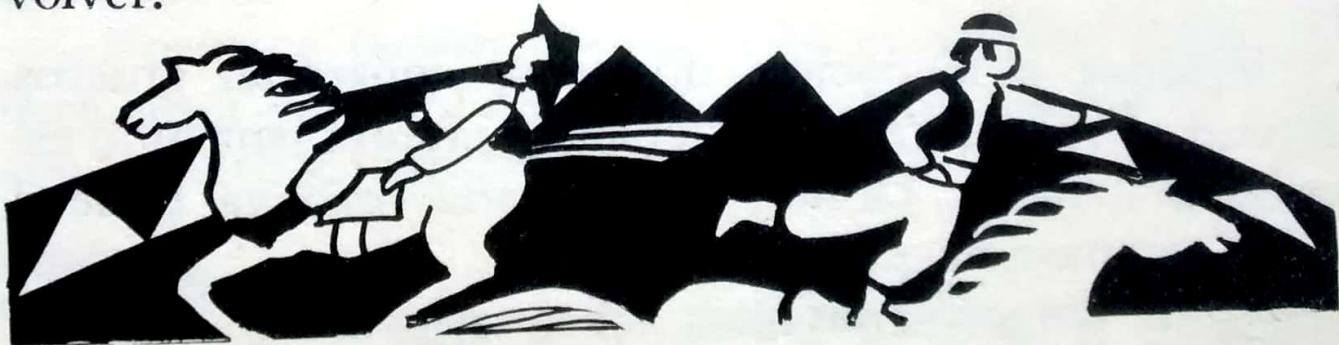


Es la hora de la función. Ha comenzado el frío, que se siente mucho en la isla. Rodolfo, con campera de cuero, está en primera fila. Rossi prepara en silencio el aparato de Laura. Lo hace apenas suena, con su vaivén, el antiguo y nostálgico *Vida de artista*. Saluda con gracia. Aprieta entre sus dientes el pequeño aparato rectangular de metal y cuero. Rossi la eleva suavemente por medio de la cuerda que él mismo mantiene y dirige con leve balanceo, haciendo girar a Laura como una enorme y brillante mariposa. Hace elegantes figuras en vuelo, luego comien-

za a quitarse el pijama y queda envuelta sólo con la breve malla dorada. Con el silbato que hace sonar el maestro de pista, cesa el vals.

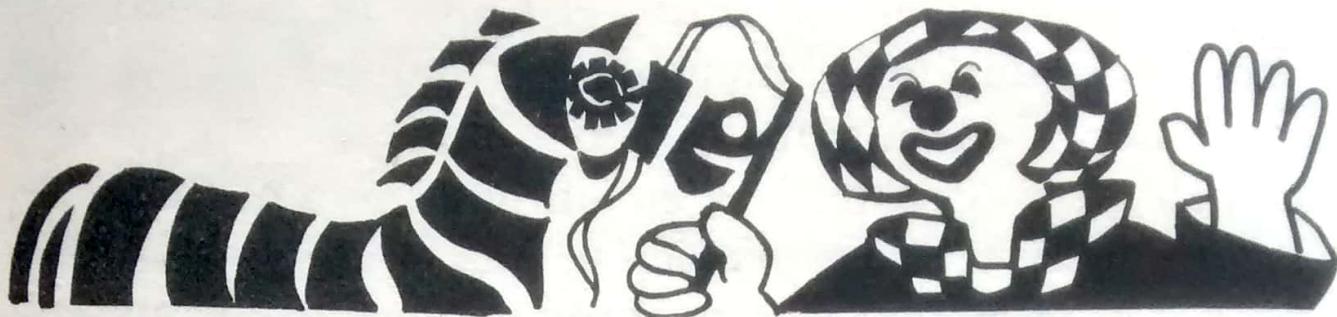
La cuerda tira, elevando aún más el cuerpo de Laura colgado de los dientes. Hasta el límite de la altura del circo. Los tambores comienzan un redoble. Laura une las piernas, cruza los brazos sobre el pecho. Con un vertiginoso girar se convierte en un deslumbrante trompo humano. Hay tensa expectación, que se rompe noche a noche con el apluso. Y que ahora se convierte en un grito de horror. Veo con espanto el brusco movimiento del cuerpo y, en veloz trayectoria después de atravesar el espacio, caer de plano, boca arriba.

Laura yace inmóvil, blanca. A su lado, el rectángulo de metal y cuero, inexplicablemente desprendido de la cadena que los sostenía. Rossi no está allí. Ha huido. Voy a su camerín. Llora como un chico mientras carga un revólver.



Todo ha concluido, como en los cuentos. Desde la chata, que junto con las cargas del circo nos conduce a Canal 4, contemplo a Rossi y a Laura. Se acercan presurosos, tomados de la mano. La falta de gravedad de la muchacha, sus declaraciones posteriores afirmando su seguridad en el accidente y la ignorancia al respecto de las autoridades de la isla, hicieron que ese vulgar drama

de celos fuera un mal recuerdo. Laura no dejará de ser coqueta, pero es una buena muchacha y así lo ha comprendido Rossi, a quien ella trata de hacer borrar la culpa queriéndolo más que nunca.



Atracamos en Paraná-Miní cerca de medianoche. Poco más y el isleño comenzará su jornada diaria. Hacemos tiempo en este almacén donde nos recibe un hombre joven, soñoliento pero jovial. Atravesamos cuartos atestados de mercaderías. Lo barriles espichan vino que fermenta en el suelo, con olor agrio de vinagre sucio. Los jamones cuelgan exhibiendo su frigidez salada. Una mancha en el piso indica el camino que lleva a la lata con cien litros de aceite. Todo denuncia la falta de una mujer.

Llegamos a la cocina, donde se conservan gruesos troncos al rojo. Agregamos leña que crepita lanzando estrellas bulliciosas. La mujer de Estrada, rezonga. Pone al fuego una pava negra de humo:

—Andá a ver si conseguís azúcar y yerba en este boliche.

Obedezco apartándome desganadamente del fuego. En el negocio el hombre me atiende con presteza. Me dedica una sonrisa que no dudo en llamar bella. Es una sonrisa varonil, madura. Me pregunta por qué está solo. Cómo puede estarlo tan joven y guapo, en esta inmensidad vacía.



La claridad se ha hecho rosada, poniendo final a la noche. Todos se preparan para ir a la vivienda destinada. El dueño del almacén, Horacio Regules, se disculpa por la poca comodidad. Cuando salimos comienzan ya a caer los parroquianos, que lo acosan con pedidos. Pero aún se asoma a gritarnos:

—¡Seré el mejor cliente de ustedes!

Y estamos ahora frente a un nuevo destino: una vivienda lacustre, alta, con la vieja escalera gastada. No se oye nada. Eduardo grita, imprevistamente:

—¡Eh! ¡De la isla!

—¡Eduardo! —lo reprendo—. ¿Tenés miedo o creés que va a salir un ogro comenñas?

Sale a recibirnos una muchacha rolliza. Está contenta con la novedad y charla mientras nos precede por la frágil escalera:

—Nosotros también somos tres de familia; papá, mi hermanita y yo. Ella está un poco enferma ahora, pero con ustedes se animará. ¡Está tan caída!



Estamos nuevamente en una cocina donde los leños crepitán con alegría. Nos saluda el padre, de aspecto rústico y bondadoso. Pero mi mirada se dirige hacia la chica

que, sonriente, nos observa desde su lugar junto al fogón. Casi una niña, no tiene con su hermana ninguna semejanza. El pelo muy negro y abundoso le cae sobre los hombros y la frente, haciendo más pequeño su rostro de impresionante palidez donde parecen enormes los grandes ojos pardos. Me ofrece una silla de paja. Habla como sin poder disimular un profundo cansancio, echa hacia atrás la cabeza, entrecierra los ojos y pasa por ellos una mano fina, amarilla.

—¿Se siente mal? —me inquieto.

—No. Siempre fui guapa para el trabajo y ahora no puedo hacer otra cosa que estarme así, quietita... Quisiera dormir, dormir...

—¿No ha visto un médico? —pregunta, preocupada, mamá.

El padre responde, con esperanza:

—No quiere, dice que está muy cansada para hacer el viaje. Le encarga remedios al comisionista, nada más. Lo que pasa es que está débil. No come, tose y pasa las noches sin dormir. Para mí que hay veces que tiene fiebre, aunque ella diga que no. Después está todo el día cayéndose de sueño.

Hay una tremenda urgencia en mi madre:

—Mire, hija mía, usted debe ir ya mismo al doctor.

—¿Usted cree, señora? —Y la mira como si por primera vez se diera cuenta de muchas cosas en la imagen de esa mujer desconocida que tiene tanta ternura de madre, la que a ella le falta.

—Estoy segura. Es una pena que siga así, criatura.

—¿Has visto, hija, lo que te dice la señora?

La chica entrecierra los ojos, respira afanosa. Si no me mira pronto pensaré que está muerta. Lo hace y sonríe,

mostrando los dientes blancos y parejos que lucen demasiado grandes en su rostro enflaquecido:

—Usted es muy linda, señora. Tiene los ojos llenos de bondad. Si mi madre viviera, me miraría como usted.

Brillan peligrosamente los ojos de mamá. Y se esfuerza en responder con tono ligero:

—¿Sí, eh?— Entonces, hágame caso; piense que ella también le diría lo mismo...

—Papá...

—¿Qué, Chiquita?

—Quiero que mañana me lleves a San Fernando.



Llega Eduardo con el equipaje. No hemos visto aún el lugar donde viviremos. Mari nos hace trasponer una puerta corrida a la cocina, donde se ven tres camas de barrotes pintados en esmalte blanco, un ropero grande antiguo, un toilette con la luna rajada y el mármol blanqueado de estearina.

—Papá dormirá aquí, para dejarles la pieza a ustedes. Como el señor que vino antes no encontraba casa, le ofrecimos esta solución.

Y tras otra puerta, también corrida, penetramos a la nuestra.

—El único paso es éste, y de nuestro dormitorio a la cocina, que compartirán conmigo. —Sonríe.

Nos apresuramos a abrir baúles y quitar las ropas. Se acerca Chiquita. En las meijillas, cerca de los ojos, dos ra-

malazos ardientes y los labios resecos ponen su signo de fiebre. Su mano se apoya en el marco; jadea, fatigada. Me acerco y la conduzco hasta un baúl donde se sienta:

—¿No molesto?

—Puede estar cuanto desee.

—Me gusta estar con ustedes —confiesa.

Sonrío y sigo acomodando las prendas y se entusiasma cuando aparece nuestro colorido ropaje: un traje de fiesta de tul celeste, un pollerín plateado, de apretadas lentejuelas, una caja llena de aros, peinetones y pulseras recamadas de barata pedrería, un traje de raso rojo con encaje negro, de época colonial. . .

Su voz no cesa de repetir:

—¡Qué bonito! ¡Qué bonito! —Pero al fin, esa contemplación, ese mundo nuevo, las emociones del día, parecen agotarla. —Creo que voy a recostarme. Mañana viajaré temprano. Con los remedios que me dé el doctor estaré bien y podremos charlar mucho. Y a lo mejor, después, me voy con ustedes, ¿qué les parece?

—¡Maravilloso! —Y la acompañó hasta su habitación. Se desviste lentamente. Dice algo, pero su voz pequeñísima se va apagando y cae en el lecho con un suspiro hondo.



¡Vaya domingo triste! Hace frío; una llovizna fina envuelve con su niebla el paisaje, desdibujándolo, esfumando sus contornos, transformándolo en la imagen de un

cuento de misterio. Echo a la sartén los hinchados pasteles de dulce. El ruido del aceite caliente pone un toque de vida en el silencio. Las pilas de la radio se están agotando. Mamá, después de llenar con querosén el sol-de-noche, escribe una carta para Silvia, sobre la mesa grande. Resuelve allí que, en poco tiempo más, irá a hacerle compañía. Le he dicho que podré arreglarme perfectamente con Eduardo. Este, con las manos en los bolsillos, mira hacia afuera, hacia el río gris y melancólico.

—¡Tiempo de perros! —dice con rabia—. Nos ha hecho perder una buena matinée.

—¡Moooniii. . .! —Mi nombre adquiere hondas resonancias en el eco del agua. Sonrío y me asomo. Desde la otra orilla Selva, una linda muchacha isleña, se apresta a repetir el llamado. —¡Moo. . .! Ah, ¿tenés algo que hacer?

—Pasteles.

—Entonces cruzo —dice resuelta. Pasteles y mate, buena manera de pasar el domingo.

Se acerca su figura airosa, de pie sobre la frágil canoa, ondulante, hundiendo con admirable destreza un solo remo en el agua terrosa. Las olas cubren a veces parte de la embarcación a mi mirada. Entonces, Selva, como apoyada sobre el agua, se me ocurre una náyade emergiendo del río. Y pregunta, mientras amarra la canoa:

—¿Sabés algo de Chiquita?

—Nada.

Mientras subimos la escalerilla, comenta:

—Estuvo Regules en casa; desde allí tomó la lancha.

—¿Se fue?

—Sí, a ver por sus ojos cómo sigue la Chiquita. No podía más con la incertidumbre.

—¿Tanto?

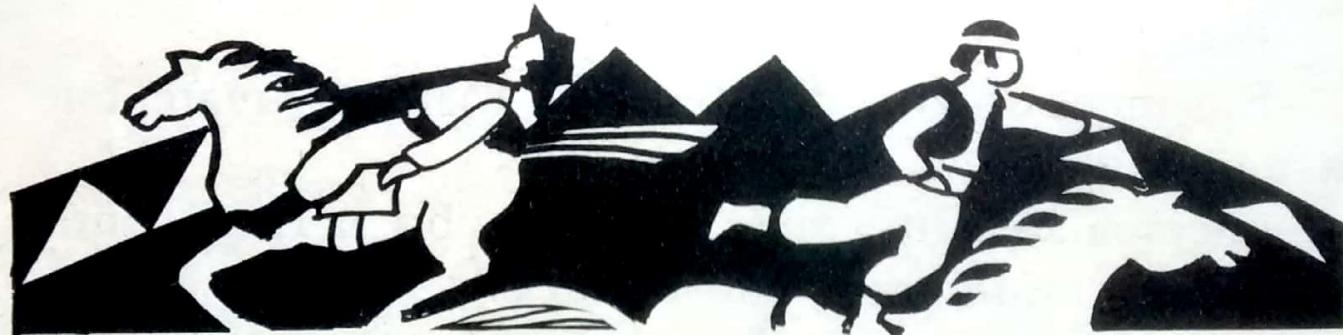
—¿No sabías? ¿No te diste cuenta cómo Ia quiere?

Rápidamente mi pensamiento recorre un itinerario ciego. Desando el camino para detenerme en cada tramo. Regules inexplicablemente solo. Regules con los ojos cada vez más tristes. Regules preguntando cada día por la enferma. La voz de Selva hacha el camino.

—Fijate que esperó años, hasta que se hiciera muchacha. Y de dónde viene ese forastero añamembuy que la enamora tan de veras. La Chiquita siempre fue algo rara y ese amor se le prendió de tal modo que ahí la tenés. La Chiquita se muere de amor.

(¿Hubo antes un domingo tan triste? ¿Hubo antes un cielo tan gris?) No encuentro palabras que desaten la angustia. Por fin, sólo digo:

—¡Pobre Horacio! ¡Pobre Chiquita!



Crece y crece. El muelle está totalmente cubierto de agua. Jamás he visto tan alto el río. Selva me asegura que eso no es nada, pero no puedo evitar la inquietud. El río parece enojado. Selva no ha cruzado desde que el agua comenzó a invadir los muelles.

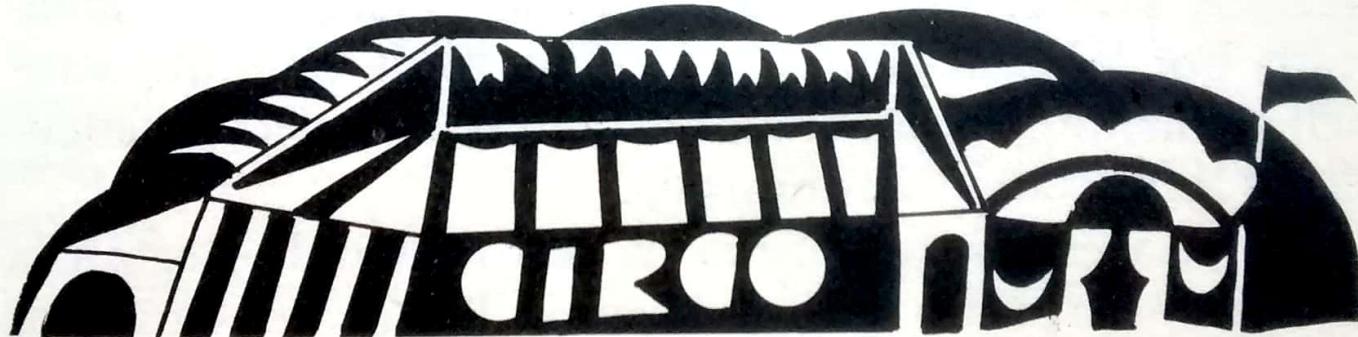
Laura estuvo por la mañana y su visita no tendió a tranquilizarnos. Estaba pálida, con un temor neurótico. Dentro de la cocina se amontonan ropas y baúles del circo, para ponerlos a salvo de la corriente. Oigo una lancha que se acerca. Es la Galoffré. Parece girar hacia la ca-

sa. Con botas altas, me asomo. El motor disminuye la marcha y la embarcación se acerca. Desde la proa tienden una larga caña. En su punta abierta se clava la correspondencia. Desde la lancha me gritan:

—¡Y que sean buenas noticias!

—¡Gracias y buen viaje! —Saludo con la mano en alto.

Cuando se ha perdido de vista, dirijo mi atención a las tres cartas que esperan en mi mano. De entre ellas escogo una de trazos desconocidos y torpes, con un contenido breve y doloroso: "Chiquita, muerta. Regresamos el jueves". Tal el texto. Todo está explicado en esa frase: "Chiquita, muerta..." ¿Debo sorprenderme? Lo supe desde el instante mismo que la vi. Estaba muerta ya. Tenía la muerte fija, inmutable. En su color, en su gesto. En el trasmundo de su mirada. En su fatiga ante la vida.



Crece y crece. Con ímpetu, con pasión. Con su impulso furioso que parece venirle desde la entraña. Queriendo ahogar cuanto existe: el gesto y la palabra. El dolor y la dicha.

Cruzo el cuarto de Chiquita, rumbo al mío. Veo su cama. Con la forma leve de su cuerpo, las zapatillas al pie del lecho, una falda azul que no habrá de ceñirla, una caja de polvos, abierta, desparramando su perfume barato. Una imagen religiosa a cuyas plantas yace, extinguido, un cabo de vela; su fe y su amor por la vida. La noche se precipita sobre una tarde oscura, carga de som-

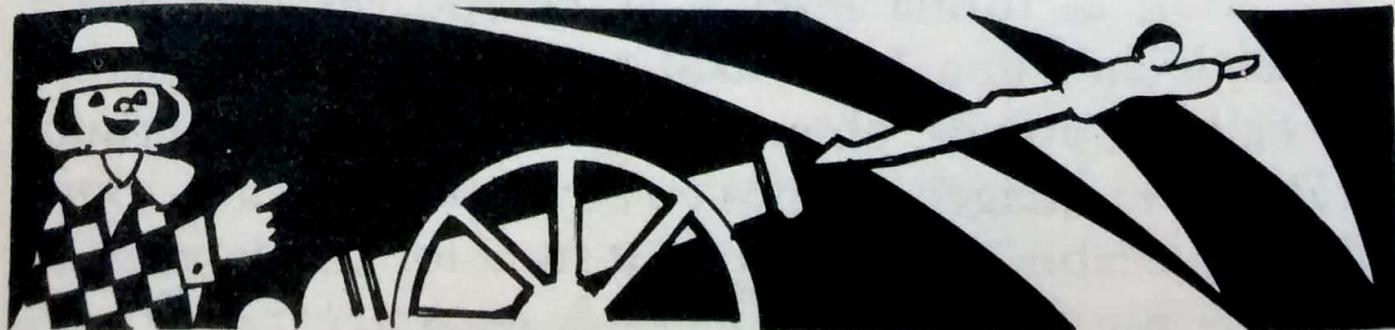
bras el cuarto. Sombras que parecen moverse a mi alrededor. Que quieren envolverme. Que respiran con una respiración breve y agitada. Me vuelvo bruscamente, segura de no estar sola. Una mancha oscura sobre la pared recuerda una espesa cabellera.

Veo el agua creciendo. Más y más. Una invisible presencia me estaquea las piernas. Me corta la voz. Tengo miedo. Miedo que al intentar huir, alguien me detenga. Acaso una mano larga y pálida. O una voz triste y cansada, interrogándome por qué estoy en el mundo que ella no pudo conservar. Y qué hago allí, respirando ese aire que fue suyo.

—No sé... Yo no quise... No pude.

Mi madre me llama. Mi miedo, como esperando que lo desencantaran, cobra movilidad. Y huyo. Casi enloquecida por el terror. Sintiéndome perseguida y amarrada por las sombras. Cruzo el cuarto de Chiquita atropelladamente. En la penumbra sólo se destaca la blancura del lecho; como una mortaja.

He atravesado un abismo de terror cuando llego a la cocina. Sonríe mi madre al verme llegar, con los ojos agrandados por el miedo. Como en la infancia. Cuando huía de la oscuridad que me infundía pavor y corría a refugiarme en su regazo. Comprende y sonríe. Un sereno bienestar me rodea. Mi madre. Mi hermano. Mi mundo. Existo.



Nos sorprenden unos rápidos golpes en la puerta. Al abrir, el agua amenaza invadirnos. Ansiosamente penetran el capataz del circo y su mujer, llorando:

— ¡Se lo llevó todo, todo! ¡Ni un palo, ni un solo pa-
lo...! ¡La creciente... el agua... todo... se lo ha lleva-
do!



Nada fue fácil. El regreso sin dinero, la falta de trabajo. Mamá accedió a acompañar a Silvia. Y fue un alivio para la lucha de Eduardo y mía. Para él hubo una esperanza que no se concretó. Se le dio una oportunidad en el teatro, donde su ángel, ese misterio de la personalidad, pareció abrirle puertas. Pero se hacían necesarias las esperas, que eran un lujo. Y fue impostergable aceptar un trabajo, con un viaje a Entre Ríos.

El desencanto con que emprendí el viaje hizo que viería chato, monótono, el paisaje provinciano. Interminable fue la noche de esa partida solitaria. Hurgaba en mis recuerdos doloridos otros viajes, otros tiempos. Cuando salíamos juntos, como una "troupe" feliz. Esperanzada veo agitarse ante mis ojos una boina. La lleva una cabeza que se inclina sobre un diario. La semipenumbra del coche mal iluminado permite que mi imaginación pro-
sigua su trayectoria retrospectiva. Y qué no daría por es-
cuchar aquel bandoneón que me torturaba con sus no-
tas largas. De pronto, la boina se yergue. Y me echaría a llorar con inconsuelo, porque no la corona un flequi-

llo oscuro, ni brillan debajo dos ojos pícaros. Una mano rústica la quita, para rascar una brillante calva.

El tren, después de larga marcha, se detenía en estaciones iluminadas con faroles a querosén. Con un jefe aburrido. Y un vigilante pachorriento. Pero el encuentro con la gente, con los compañeros, fue habituándome poco a poco, como a los pueblos, a la gente y las costumbres de la provincia. Y me gusta donde estoy ahora. Dentro de momentos dará comienzo la función inicial. Es un sábado tibio, de cielo estrellado.



Gran cantidad de público se arremolina a las puertas del circo y ya las localidades disponibles adentro son muy pocas. Unido esto a la circunstancia de que mamá es feliz en su condición de abuela y el telegrama donde Berto anuncia su flamante título de abogado, me hace pensar que no necesito más.

Se vive la agitación que precede a todo debut. Me inclino a recoger la cajita de resina. Cuando levanto la cabeza, un milico ancho, grotesco como un personaje de sainete, está plantado frente a mí. Sin perder tiempo en ceremonias, pregunta:

—¿Dónde está el dueño de “esto”?

—Sin duda, señor, usted me pregunta por el dueño del circo, ¿no?

—Sindudamente.

—¡Don Daniel, lo buscan! —Se acerca con el rostro a medio pintar.

—¿Usté es el patrón?

—Sí, señor.

—Vengo pa' decirle que no pueden trabajar.

—Usted bromea...

—Yo no estoy pa' bromas. Y cumpla con lo que le digo; las órdenes, son órdenes.

—No puede ser. Hemos cumplido con todas las disposiciones. Tenemos el permiso del comisario y el comisionado...

—El mismo me manda y si él lo dice, se hace... ¡faltaba más!

Vamos con Eduardo y don Daniel a verlo. Nos mide con una mirada socarrona, sin ofrecernos asiento. Chupa su cigarro lentamente y nos dice al fin:

—Y... ¿qué quieren?

Nos escucha con los ojos entrecerrados, colgándole el cigarro por un costado de la boca...

—... y usted nos autorizó, señor...

—Pero aura cambié de opinión.

—Pero, señor, yo constituyo una empresa con menos bienes que los de mis empleados. El transporte de un pueblo a otro demanda una inversión que se recupera sólo después de haber debutado.

—¡Pero a mí no me conviene que atúen y no atúan, y sanseacabó!

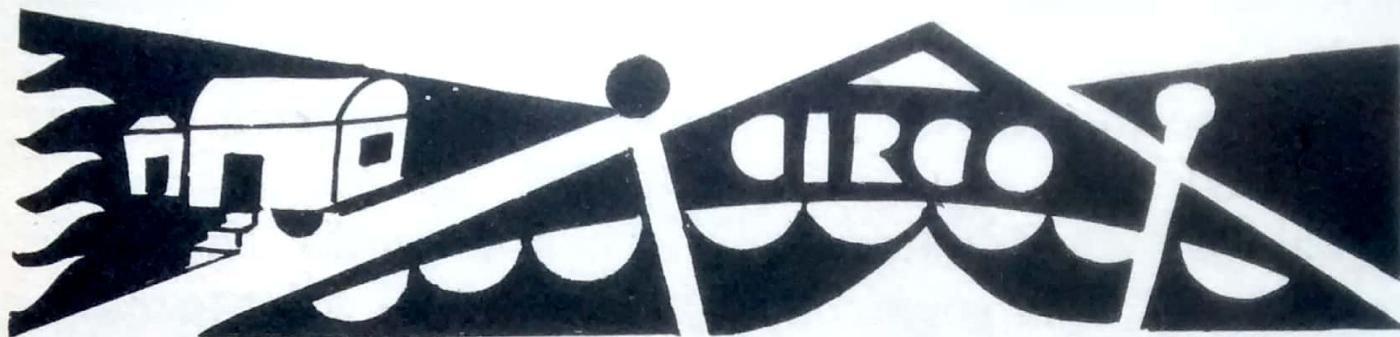
—Le aseguro, señor, que no comprendo cómo...

—Con que me entienda yo, basta y sobra. Usté es un juan de ajuera, y junto con su tribu se llevan la plata 'el pueblo. ¿Está claro? Usté como ciudadano no me interesa. ¿Acaso me v'a votar? ¿Y entonces? L'autoridá ha

risuelto hacer carmeses y no pueden fracasar. Si ustedes, con sus payasadas se llevan la plata, ¿con qué hacemos la campaña?

— ¡Es un atropello! ¡Somos ciudadanos de la patria!

— Vea, mocito. Yo soy l'autoridá y no le vi'a permitir ni media palabrita más, ¿entiende? ¡Y qué caracho! ¡Ya me cansé también y se largan de aquí! ¡Mañana mesmo deben desaparecer esos trapos que han colgado! ¡Váyansen, lárguensen, yo soy l'autoridá! ¡Váyansen...!



Llegamos a Bovril como perseguidos, sin local ni vivienda. Es de noche. Pensamos con angustia quién será el patrón del pueblo.

Los hombres salieron al azar mientras las mujeres y los niños quedamos en el bar del único hotel de la localidad. Cansadas, indiferentes, sorbiendo en silencio pocillo tras pocillo de café. Algunos parroquianos nos observan, curiosos. Uno de ellos, de unos cuarenta años largos, muestra una curiosidad discreta y preocupada.

Cuando Eduardo penetra desalentado, el hombre lo mira atentamente, con las manos puestas en el ancho cinto cubierto de monedas de plata. La bombacha amplia y clara, las botas finas y lustradas, la impecable camisa que cubre parcialmente el albo pañuelo con iniciales, parecen asimismo reflejo de la actitud con que se dirige por fin a nosotros, quitándose el ancho sombrero gris:

—Si ustedes me permiten...

El hombre titubeante, avergonzado como un chiquillo, nos explica que tiene comodidad para ofrecernos, pero que acaso tengamos reparo en aceptar. Lo miramos ansiosamente. Se presenta:

—Soy Julio Lucero, el comisario. En la comisaría sobran habitaciones amplias. Quizá no les resulta grato, pero es cuanto tengo y está a disposición de ustedes.

Esta vez tampoco sabemos qué decir ante un gaucho tan lindo. Encontramos en la palma de la mano la otra cara de la moneda.

Don Julio, como aprendimos a llamarlo con cariño y respeto, demuestra cada día la mentada nobleza criolla. Aun para nosotros, acostumbrados a las más extrañas situaciones y absurdas contingencias, nos resulta nuevo esto de convivir entre policías cachacientos y dicharacheros. No son pocas las noches de lluvia en que, reunidos en la gran cocina, entre mate y mate, desfilan los clásicos relatos, veraces o no. Espeluznantes, siempre. Sucedidos de **Lázaro Blanco**, historias de lobizones, viudas y otros aparecidos o recordando picaduras de yararás.

El comisario es, en estas ocasiones, quien más alto miente. Despliega su frondosa imaginación de criollo inteligente y ladino. Goza ante nuestro asombro y una vez que nos deja estremecidos con sus cuentos, la porteña gracia de Eduardo le descubre el juego. El hombre sonríe sumbón haciendo sonar la guacha contra su bota brillante. Es una sonrisa que admite la mentira sabrosa. Queda no obstante, flotando en el ambiente, la dulce magia de las leyendas del litoral, con su poesía e inescrutable misterio.

Y en la noche de un viernes, cuando cruzo el patio de rojas achiras y doradas retamas, no puedo menos que preguntarme temerosa si será un lobizón ese perro negro que se esconde entre las sombras.



Me maravilla penetrar el enigma legendario del palmar entrerriano, con una historia de amor ardiente y brava. Tan ardiente como este prodigioso retazo de desierto. Vamos acercándonos al punto de destino. De pronto, sobre la llanura opaca o las leves cuchillas, emergen con su exótico perfil tropical palmeras y más palmeras. Erguidas, casi grises. Como vetustas matronas patriarciales. Como leonadas melenas flotando al viento. Y sobre el suelo campesino su fruto redondo y aromado, el sabroso yataj derramado como oro en menudos lingotes.

Verdes alas cruzan el espacio. Turban el silencio con un alegre desbande bullanguero de loros silvestres. Es un coro gutural en permanente ofrenda selvática a la imagen agreste y humilde de Santa Inés del Palmar, ante la cual nos detenemos. Está como un angel guardián junto al camino. Está como una gacela oculta en la soledad de su gruta reverdecida, donde la fe se expresa con imágenes, escritos y baratijas. Como mística ofrenda.

Es una pausa que nos conduce, con el corazón liviano, hasta el pueblo próximo: Colón, que nos recibe con su apresto de ciudad dormilona, tendida dulcemente ante el río Uruguay, manso y limpio y un verde restallante de paisaje tropical.



El calor crece ancho y oprimente. Alguien me ha dicho que en esta tierra se bebe con ansia, porque el calor opprime. Es un calor de llama que se prende hasta las entrañas. Y esa sed se aplaca bebiendo desde la cerveza hasta el inocente vaso de agua.

Hoy ha sido uno de los días más agobiantes. Pero la noche entrerriana compensa generosamente de la fatiga del estío. Límpida, con un cielo transparente y estrellado. Tan cerca de la mano que no osaría levantarla, por temor de asistir al milagro. Los jazmines, con su perfume doloroso, agudo como una nostalgia. Los azahares estrellando los compactos naranjos multiplican su fragancia en el leve frescor nocturno. El aroma denso, casi palpable, penetra la sangre. La estremece de paganos sortilegios y desconocidos deseos.

Como una sombra menuda a la puerta de la casa —vieja casona prieta de hojas brillando a la luna—, oigo desde lejos la música del circo. Que esta noche se me antoja el fondo de una estampa en un paisaje de infancia que no viví. Hadas translúcidas con varitas milagreras. Títeres saltarines, de voces estridentes y parlar ingenuo. Un carrousel que gira y gira, sin detenerse. Una fabulosa media de Santa Clauss; a la espera, en vano, de un zapatito roto. Y yo, sobre un camino ancho y desierto. Con las medias cortas y una muñeca humilde y gastada. Una muñeca triste...

La gente pasa por mi lado sin verme. Paqueta, con paquetería de domingo. Los sulkys levantan polvo. Y si

guen el mismo rumbo. Algún caballo marca su trotecito matasiete, orgulloso con el paisanito engalanado que lo monta. Van al circo. Yo también debo ir. El tiempo pasa velozmente. Sin embargo estoy aún de pie, como adherida a la raíz en el camino solitario. Con la muñeca despanzurrada colgando de mi mano. Con aire ingenuo y doloroso en las pupilas antiguas. La banda sigue destrozando las notas. Ellas me llevan a recorrer una infancia apenas presentida. Una adolescencia sin secretos.

La muñeca llora ahora. Saltan de sus ojos inmóviles gruesas lágrimas de cristal. Como si en ellas se amalgara el dolor de una vida. Caen sobre su rostro y lo despintan. El negro y el carmín le manchan las mejillas y el vestido. Tiene un aspecto lastimoso y ridículo. Por su costado izquierdo asoma la estopa, como un chorro de sangre detenida.

La banda cesa su bochinche. Tres campanadas anuncian el principio de la función. Quedo aún inmóvil frente al camino. La muñeca se desprende de mi mano. Con el rostro sucio de carmín y negro se aleja lentamente. Como hacia un pesado destino. Hacia el circo.



Esta noche bebo cada gesto, cada palabra de la interpretación de Eduardo. Sabía que esto iba a suceder. El se va mañana para Buenos Aires. Aquel remoto, casi ilusorio porvenir teatral, se hizo realidad de la noche a la mañana. La visión comercial de un hombre que supo verlo hi-

zo la tarea. Lo necesita y le ofrece todo lo que él puede aspirar. Esta noche, jubilosa y triste, asisto a la indolora mutilación de mi ser. Porque hoy como ayer debo estar contenta. Este triunfo es nuestro. De papá. Del circo. Mío.

Cae el telón sobre el último acto. ¿Podrá alguien comprender todo el simbolismo que encierra para mí, esta noche, la caída de ese telón descolorido?

Como sonámbula llego a casa. Le alcanzo un mate. Por última vez, también, lo arropo antes de dormirme. Como cuando era niño. Y como siempre. Al inclinarme sobre él enfrento su mirada penetrante, buceando mi angustia:

—¿Estás contenta de verdad?

—¡Muy contenta!

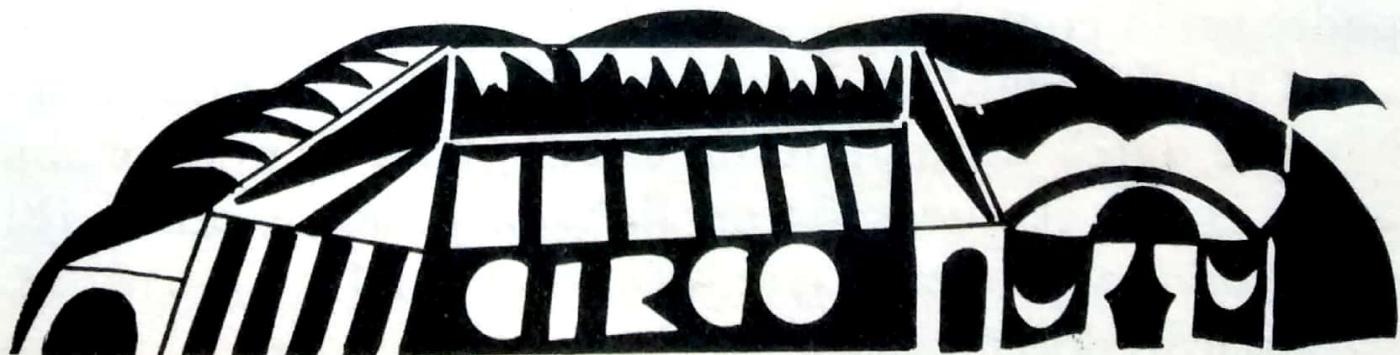
—¿Muy...?

—¡Muy! —sonrío.

—Hasta mañana.

Mañana... La lámpara de la luz eléctrica se apaga. Y las horas sin sueño comienzan su andar interminable. La larga noche me acompaña con un rítmico y lento caer de lluvia.

El gallo pinto lanza su estridente augurio madrugón. Poco a poco se anuncia la claridad sobre el gris del día.



Me largo al suelo. Silenciosamente ultimo los detalles del equipaje de Eduardo. Mis manos tropiezan con su malla roja. Esa malla que no volverá a aprisionar su cuerpo

elástico, como un pájaro en vuelo. Ahora el tiempo corre, vuela para mi congoja. Está alta la mañana. Lluviosa, oprimente, callada.

Desde el espejo que pende de un clavo, veo mis ojos rodeados de ojeras. Me pinto antes de despertar a Eduardo con un mate. No quiero que se lleve la imagen de mi tristeza. Minutos más y saldremos rumbo al puerto. Los preparativos me aturden, me ayudan a no pensar. Voy y vengo con ansiedad de fatiga.

—¿Es que no vas a quedarte un minuto quieta?

Me sorprendo alcanzando a mi hermano su impermeable. Salimos cargados de maletas. El barro parece detener nuestros pasos. El puerto está casi desierto. Permanecemos silenciosos, temerosos de hablar, casi con un deseo de que parta el barco. Pronto. Tan pronto que acabe con esta máscara sonriente que me duele en los músculos. Piadosa, la nave lanza su grito de advertencia. Eduardo me mira. Sonrió. Brillan sus pupilas húmedas. Tiene un **puchero** en la boca infantil. No ha dejado de ser un niño. El mismo que se dormía sobre dos sillas en el camarín. Con una galopa por canción de cuna. Y me siento fuerte; debe irse contento. Entonces su voz me llega con la identificación del camino. Donde Eduardo y mi padre están conmigo.

—Cuando triunfe y haya ganado dinero, ¿a que no sabés que haré? ¡Comprará un circo! Como el que soñaba papá, como el que soñaron Estrada y tantos otros. ¡El más grande y moderno que recorra el país!

Eduardo dijo exactamente lo que debía decir.



El barco está por salir. Corremos con las maletas, como tantas otras veces. Sobre la escalerilla, Eduardo, sin palabras, me estrecha fuerte. Sin haber roto el silencio cargado de sollozos, me encuentro ahora con los brazos vacíos. Levanta la mano sin fuerza, en un gesto de despedida que más se parece al desaliento. ¡Eduardito se va! Lo comprendo recién ahora, al ver el amado rostro que se aleja. Poco a poco se desdibujan sus rasgos. El barco es un punto que se borra al fin. Estoy sola en el puerto.

Regreso lentamente. Mis pasos me llevan hacia el circo. Está desnudo. Envuelta la lona. A un costado, rollos de decorados hechos de papel y arpillería deslían chorros de agua multicolor. Como el rostro de mi muñeca. Estoy nuevamente frente a un camino ancho e interminable: el de mi soledad. Mis ojos ascienden lentamente por la alta y desmañada silueta del mastro. La lluvia gotea sobre su desamparo de niño grande, abandonado en mitad de la pista. Corren gruesas gotas por los surcos humanos de su insulsa redondez. Y me parece que está llorando conmigo. Vuelvo a casa. Mi casa. Y —por qué no?— mi hogar. El lugar donde habitan mis cosas queridas: cartas, libros, fotografías, mi mate aún tibio. En distintos lugares, mamá, Berto y Silvia; son felices. Pronto será Eduardito el que alcance la meta. Y a mí me pertenece un poco de esa felicidad.

No es verdad que estoy sola. Están ellos, todos. Está papá, otra vez caminando a mi lado. ¿Cómo pude olvi-

darlo? Y me dice: "Ahora es tu tiempo. Tu vida recién empieza. ¡Tu vida!, la que, de algún modo, hasta ahora estuviste desparramando sobre los otros. Vamos a recoger los pedazos. Así. Mirá qué linda y joven muchacha hemos formado. A ver..., a ver... ¿Qué hay de ese compañero tan bueno y buen mozo, que te come con los ojos? ¡Mentirosa! No te habías dado cuenta y estás roja hasta las uñas..." Papá, papá, ¡qué cosas estás diciendo...!

El agua caliente vuelve a caer en el mate. La plaza de Colón, cerca de la costanera está frente a mis ojos con su verde humedecido. El cielo comienza a abrirse. Otra vez, como hace... ¿cuánto tiempo?... el sol se cuela en tibios haces de luz y se instala cómodamente sobre mis hombros, como manos tibias y fraternas. El recuerdo de una boina vuelve a llamarse Ada, y tiene el rostro redondo, dulce y moreno.

La tormenta ha pasado. Siento como si el agua me hubiera hecho crecer, como una planta. Esta noche habrá función. Tengo que preparar la ropa. Dentro de poco la banda comenzará su alegre llamado y acudiré a él con el fervor de siempre. Para que no termine el circo, para que mis hijos corran jugando por la pista y cuelguen del trapecio como ángeles dorados. Para que el circo de Eduardito sea el más lindo, el más moderno y mucha gente pueda conocer su dolor y su grandeza.

Ya es la hora. Suena la primera campanada. Como en la escuela. Voy al circo y al encuentro de mis compañeros. Mis hermanos, los cirqueros.



Alambre: cable por el que se desliza en equilibrio.

Bache: silencio, vacío falso en una representación.

Barras: acrobacia similar al trapecio, fijas al suelo.

Cirquero: circense (argentinismo).

Clown: payaso blanco.

Coutí: lona que rodea la parte inferior del circo, por donde ingresan los niños furtivamente (también, ruedo).

Dental: acrobacia en el aire, colgando de los dientes.

Doble: acto de persona con dos personas.

Dramón: denominación no peyorativa de las primeras obras gauchoescas.

Ecuyére: artista ecuestre.

Entrada cómica: actuación conjunta de tony y payaso.

Entrada de gancho: en una pareja, solo abona el hombre.

“*Fill de fer*”: alambre.

Galopa: música muy rítmica que indica el final de los números.

Gallinero: grada (vulgarismo).

Guardapules: tensores con que se ayuda a sostener la carpa, especialmente cuando el circo es grande; llevan adornos de máscaras circenses.

Malabares: juego acrobático con manos y clavas u otro elemento.

Marquesa: marquesina.

Mastro: deformación de palo maestro o mayor, de la carpa.

Número: cada una de las representaciones en la pista.

Pan francés: manifestación de impaciencia, golpeando los pies en el suelo rítmicamente.

Picadero: lugar donde se desarrollan las actividades acrobáticas (también, pista).

Tony: compañero del payaso.



Con la inclusión de “Los Cirqueros” —Primer Premio 1970 Novela Inédita del Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires y Segundo Premio Municipal de Literatura (1978)— la Colección “El Mirador” incorpora a la literatura juvenil una temática no frecuentada por nuestros escritores: el circo.

Su lectura nos sumerge en el seno de una peculiar familia, sensible y muy unida, cuya vida transcurre en el singular escenario de un circo trashumante.

Las pericias familiares o escénicas que se suceden llenas de emoción y de ternura, se ven embellecidas por lo natural con que están relatadas y llegan al lector adolescente en la medida que trasuntan el riesgo permanente de los cirqueros que deben afrontar el encuentro con lo desconocido, lo cual exige valor, decisión y amor profundo por el oficio elegido.

El hecho de que la autora haya formado parte de esa familia circense —ella es la protagonista— da a este libro un valor documental y humano que habrá de utilizarse, sin duda, cuando se escriba la historia del circo en la Argentina.

colección el mirador/editorial guadalupe